

**UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA**  
**FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES**  
**DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA**  
**Tesis Licenciatura en Sociología**

**Iglesia y tercera edad:  
la prisión de lo liminal o de buenas intenciones está  
empedrado el camino al infierno**

**Martín Moreno Sena**

**2004**

## Agradecimientos.

A Antonio, por la infinita paciencia, por sus despiertos e *interesados* comentarios.  
Por compartir razón y sentimiento.

Al Taller de Sociología de la Tercera Edad, especialmente a Verónica, Santiago,  
Juan Manuel, Joaquín, Lucía, Germán y tantos otros...  
por desvelarnos juntos por las canas.

Al Movimiento Vida Ascendente... por su invaluable aporte a esta investigación,  
pero más aún su invaluable aporte a la Iglesia.

A la gente de la Parroquia San Alberto: Adolfo Chaper, Yolanda, Mirta, María Teresa,  
Juana, Carmela, Ángela, Margot, Esther y Rosita...  
por su disponibilidad y apertura, nunca adecuadamente agradecida.

A Bernardo Techera, José Bonifacio y Javier Galdona...  
por su desinteresado tiempo compartido.

A OBSUR, y en particular a Alicia, por atendernos incluso en el desconocimiento.

A la Familia Leguisamo... por hacer posible antesalas de estos escritos.

A Agustín... por su tiempo de disponibilidad, su joven sabiduría  
pero más aún por su amistad (y en él a todos los que siempre están).

A la Generación '97 –"Malasia" que le dicen– (especialmente algunos tantos)  
con quienes transitamos este camino de la Sociología.

Por todo y por mucho más,  
A mi madre y a Lorena.

## Índice.

• Preludio: Santa Ideología .....	5.
• Introducción.....	7.
➤ Primer movimiento.....	10.
I. Iglesia y tercera edad.....	12.
II. Características del discurso de la Iglesia sobre la tercera edad.....	13.
II.1. La vejez como etapa vital privilegiada.....	13.
II.2. El viejo: Experiencia, memoria y testigo.....	17.
II.3. Los carismas de la tercera edad.....	22.
II.4. El viejo y el pasado.....	24.
II.5. Ancianidad y la muerte.....	26.
II.6. El viejo como sujeto activo.....	27.
II.7. Orientaciones para una pastoral de la ancianidad.....	30.
III. Resumen.....	33.
➤ Segundo movimiento.....	35.
I. La acción de la Iglesia como re-legitimadora de la pauta de exclusión.....	35.
I.1. Un poco de historia.....	35.
I.2. La vejez como etapa liminal crónica.....	37.
I.2.a. De ritos de paso y liminalidades.....	37.
I.2.b. La jubilación: Anti-rito de paso y liminalidad crónica.....	39.
I.3. La actividad como fundamento de la vejez negativa.....	40.
I.3.a. Iglesia y teorías de la actividad.....	40.
I.3.b. Estructurando mal lo desestructurado.....	43.
I.3.c. Validando la exclusión.....	45.
I.3.d. Legitimación perversa de una vejez negativa.....	46.
I.3.e. Vejez negativa y vejez negada.....	47.
I.4. Iglesia, teorías de la actividad y Carisma.....	49.
II. Iglesia, vejez y ciudad.....	52.
II.1. Iglesia: Una visión arcaico-rural de la ciudad y de sí misma.....	52.
II.2. Lo urbano como lo liminal.....	55.
II.3. Complejidad y cambio.....	56.
II.4. La parroquia como <del>gesto</del> gerontológico.....	59.
III. Resumen.....	62.
➤ Finale.....	64.
➤ Bibliografía.....	67.

# ***Iglesia y tercera Edad.***

**La prisión de lo liminal o**

**"De buenas intenciones está empedrado el camino al infierno"**

Tesis de Grado en la Licenciatura de Sociología.

Tutor: Antonio Pérez García.

Martín Moreno Sena

[moreno.sena@ub.edu](mailto:moreno.sena@ub.edu)

Nº de Estudiante 97010.

Facultad de Ciencias Sociales  
Universidad de la República  
Montevideo - Uruguay - 2004

## Preludio: "Santa Ideología".

Si en algún momento de nuestra historia nos fuera necesario auto-definimos, no ya únicamente como una sumatoria de accidentes sino por aquello que consideráramos esencial a nuestro ser actual, por mi parte sólo sería capaz de definirme como cristiano. Como un cristiano heterodoxo, pero como cristiano. No podría, corrijo: no puedo, encontrar otra manera de hacerlo.

Pero, como bien me han hecho notar, declararse cristiano no basta para que el interlocutor sepa de qué se trata; muy poco –más allá de algunas escasas generalidades– dice de nosotros esa declaración de ser cristiano. Es necesario adjetivarlo para llenarlo de contenido. Pero vayamos de a poco.

Quienes lean esto seguramente se pregunten por qué un trabajo que se supone académico, científico y dónde uno debe luchar –hasta donde pueda– con la subjetividad, comienza de esta manera. Y comienza así porque por sobre todas las cosas este es un trabajo con pretensiones de científicidad y porque busca ser un buen producto académico. Porque inevitable e irreversiblemente nuestra esquizofrenia sociológico-religiosa ha dado también forma a este trabajo, Porque desde intuiciones no meramente académicas y desde reflexiones –supuestamente– alejadas de las ciencias sociales el problema que abordaremos (ahora sí científicamente) también va encontrando sus preguntas y respuestas.

El marco donde debemos encuadrar esta investigación es el dado por las relaciones que establece la Iglesia con la tercera edad, aunque esto no supone restringir lo que será dicho únicamente a este ámbito... las analogías tienen siempre un gran valor heurístico, aunque no siempre de verdad. Y entiéndase bien, las relaciones que la Iglesia establece con la tercera edad y no las que esta última establece con la Iglesia, aunque los límites se tomen por demás borrosos en algunos casos. Desde allí se comienza a avanzar, con interrogantes anteriores al planteamiento académico del problema y con otras que surgen posteriormente. Demos cuenta de las primeras, de las segundas ya se ocuparán las siguientes páginas.

Dos son inicialmente las interrogantes o motivaciones que nos llevaron a reflexionar acerca del problema de la tercera edad y la relación que con ésta establece la Iglesia. En primer lugar la tan difundida idea (particularmente en ciertos ámbitos de la Iglesia) de que la ancianidad es una etapa caracterizada por cualidades que se adquieren cuasi-naturalmente y no fruto de un particular trayecto vital. Quizá las frases que utilizamos, en algún momento, a modo de epígrafe ejemplifiquen esta sensación previa con mayor

claridad: "los sabios no son los ancianos, ni por ser viejos comprenden lo que es justo" y "cabellos blancos, argumento son de edad, no de prudencia". No fue, o no será (para aquellos que recién comiencen la lectura), nuestra intención encontrar respuesta a esta problemática en el trabajo, mas sí fue un importante punto de partida para las futuras reflexiones.

Una segunda motivación debe considerarse como puramente crítica, la intención de acercarnos a una mirada por demás arraigada y difundida acerca del "cómo envejecer bienamente" y problematizarla. Problematizar, por sobre todas las cosas, la supuesta inocuidad de las llamadas *teorías de la actividad*, problematizar a la actividad como respuesta superadora del trauma que supone pasar a ser *un viejo*. Esta es, sin duda, una piedra de toque fundamental en la concepción del trabajo y en el desarrollo del mismo.

Para finalizar, a fin de no hacer demasiado extenso este –necesario, creo yo– preludio, diré que estudio sociología porque me apasiona pero estudio a la religión, y en particular a la Católica, porque me duele. El trabajo, que por sobre todo intenta respetar la lógica de la academia y sumar un aporte al conocimiento científico, a su vez, desnuda alma.

Y no me olvidó aquello que decía acerca de la necesidad de sustantivizar, por medio de adjetivaciones, el ser cristiano (en este caso el de aquel que aquí escribe), para no entender sólo su definición religiosa sino también mucho más. Por mi parte, *mi* ser cristiano supone dos certezas constitutivas, no más que eso. Certeza de que el *otro* es el único acceso a Dios (único, y ya no únicamente privilegiado), y que Dios ha optado, en Jesús, por los pobres y los débiles para manifestarse y hacerlos sus *preferidos*. Desde estas dos certezas *mi* ser cristiano se sustantiviza.

Desde allí se invita a leerlo (aunque se invita también a olvidarlo a fin de acercarse a lo propiamente sociológico), con todas las cartas sobre la mesa, porque como decía Nietzsche:

Todo el mundo no encuentra en lo que ve, y por lo tanto, sin exceptuar los libros, más que lo ya conocido. No podría comprender aquello a lo cual no llegare por episodios anteriores<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Nietzsche, Friedrich. *Ecce-Homo. Cómo he llegado a ser lo que soy*, pp. 86.

*La ciencia moderna sabe tan poco sobre el proceso de senescencia  
que no es inconcebible que la mortalidad sea sencillamente  
el resultado de una mala educación.*

Umberto Eco, *El péndulo de Foucault*, XXVI.

## Introducción.

Borges dijo que Hume dijo que los argumentos de Berkeley resultan irrefutables pero que a su vez no causan la menor convicción<sup>2</sup>. Si esto es realmente así, podríamos decir que el obispo inglés no pudo con la epojé natural<sup>3</sup>. La mente filosófica, que pregunta no ya en la oscuridad sino que cuestiona incluso lo ("aparentemente") más transparente, no pudo contra la suspensión de la duda que exige vivir. Hume quizá pudo decir "vaya, vaya, qué interesante esto de las percepciones del señor Berkeley" pero cuando cerró el libro no dudó en colocarlo en la mesa que estaba, *definitivamente estaba*, frente a él.

Nuestro propósito no es, a la manera de Berkeley<sup>4</sup>, ahondar, preguntar y/o refutar lo que se nos aparece como obvio; pero sí –a lo largo del trabajo, y de manera seguramente despareja– cuestionar lo que en un principio no parece motivo de ninguna problematización. Nuestra intención es descubrir –para que otros nos refuten luego– aquello que está latente, aquello que es consecuencia no previsto, aquello que Boudon llamara los *efectos emergentes*; aquello que en definitiva parece ser una característica distintiva de esta época, hacemos conscientes de las consecuencias imprevistas de nuestras decisiones<sup>5</sup>.

Ahora bien, no debe entenderse esta tarea como la única a la que habremos de abocarnos –no por exigua sino justamente por lo contrario–. Las tareas quedarán planteadas por intenciones propias, personales, pero también muchas serán impuestas por el estudio, científico, del problema que nos convocará en las siguientes hojas. El problema mismo y la lógica que guía una investigación en el ámbito científico –incluso en

---

<sup>2</sup> Borges, Jorge Luis. "Tlón, Uqbar, Orbis Tertius" en *Ficciones*, pp. 22.

<sup>3</sup> Schutz, Alfred. "Sobre las realidades múltiples" en *El problema de la realidad social*.

<sup>4</sup> Vale decir que Berkeley no es una excepción en estas preguntas y formulaciones, bien es sabido que el eje principal de toda la filosofía moderna (convencionalmente de Descartes a Kant) es la Teoría del conocimiento.

<sup>5</sup> El desarrollo de la sociología del riesgo parece tener esta premisa como uno de sus principales pilares. Ver, entre otros, a Luhmann, Niklas: *Sociología del riesgo* y Giddens, Anthony: *Consecuencias de la modernidad*.

las ciencias sociales– nos llaman la atención hacia algunos puntos que no pueden ser obviados.

La relación que establece la Iglesia Católica con la tercera edad es el problema que nos planteamos al comenzar esta monografía, y lo hacemos desde una historia, e intentamos explicarlo mejor. Este tópico como problema de investigación se remonta, en lo personal, a la experiencia del taller de "Sociología de la Tercera edad", allí –en los dos años que dura la investigación– me dediqué al estudio de la relaciones de la Iglesia Católica con los ancianos, para ser más específico y más exacto a las relaciones de una parroquia en particular con la comunidad de tercera edad que participaba en las actividades de esa organización<sup>6</sup>.

Sin embargo, y a pesar de la evidente coincidencia en las "colectividades" a estudiar (aunque veremos, más adelante, que no es una conceptualización aplicable a la ancianidad como tal), la aparente continuidad no debe exagerarse. Quizá lo más adecuado sea establecer la discontinuidad dentro de la continuidad con respecto al trabajo que una vez supo desvelarnos y el que hoy en día nos desvela<sup>7</sup>. La principal diferencia y novedad radica en qué es lo que se observa. Si antes nos detuvimos mucho más en la relación que establecían los viejos con la Iglesia, hoy proponemos centrarnos en la relación que establece la Iglesia con los viejos, cómo piensa a esta etapa vital, cómo actúa con respecto a ésta, y por último qué críticas pueden realizarse a este pensar–actuar de la Iglesia Católica acerca de la ancianidad.

El trabajo, a fin de alcanzar la mayor claridad conceptual y expositiva posible, se articulará en torno a dos grandes momentos. El primero intentará acercarnos a la mirada de la Iglesia Católica sobre la tercera edad, una aproximación que –por sobre todas las cosas– tendrá un carácter exploratorio y descriptivo acerca de cómo entiende y cómo actúa la Iglesia en lo que se refiere a la ancianidad. Por su parte, un segundo momento estará estructurado por una mirada crítica a esta relación, especialmente articulada por dos ejes:

1. La vejez como etapa vital de *liminalidad crónica*<sup>8</sup>, y algunos problemas que supone la implementación de prácticas afines a las *teorías de la actividad*<sup>9</sup>, por parte de la Iglesia, en la reproducción social del problema del envejecimiento.

---

<sup>6</sup> Moreno, Martín. *Participación eclesial ¿tan sólo una cuestión de fe? La parroquia como equivalente funcional*.

<sup>7</sup> Como muestra vale señalar las pocas coincidencias que se dan entre las bibliografías de uno y otro trabajo.

<sup>8</sup> Feriçglà, Joseph. *Envejecer: Una antropología de la ancianidad*.

2. Las dificultades que se presentan en la relación de la Iglesia con la ancianidad en el medio urbano.

Sin más preámbulos, aunque sin saber si los que se dieron son suficientes, nos proponemos comenzar con el estudio de los diferentes fenómenos a los que el problema planteado pueda ir llevándonos.

---

<sup>9</sup> Lehr, Úrsula. *Psicología de la senectud*, 245-248. Barenys, María Pía. "El envejecimiento: aproximaciones teóricas" en *Revista de trabajo social*, N° 131, pp. 16-20.

## Primer movimiento.

La relación que establece la Iglesia Católica con la tercera edad es, como ya hemos señalado, el problema al que dedicaremos nuestra reflexión, y si bien estos términos no parecen ser problemáticos a la comprensión es de orden realizar una puntualización acerca de qué es lo que se entenderá específicamente sobre cada uno de ellos. Si bien esto está muy lejos de querer ser un glosario, sí intenta establecer un consenso acerca de los términos en relación.

En primer lugar vale puntualizar que, entenderemos por Iglesia Católica a la organización religiosa que se autodefine como una comunidad de creyentes en que Jesús de Nazaret es el Cristo, Dios y Salvador, y que afirman al obispo de Roma, el Papa, como vicario de éste y en consecuencia aceptan su autoridad. En definitiva, Jesucristo da lo cristiano, y la específica relación entre el Pontífice de Roma y el Cristo lo distintivamente Católico. Otras características podrían ser señaladas mas para identificar inequívocamente la realidad histórica designada aquí como "Iglesia Católica", es suficiente. Asumido esto, de ahora en más y por mor de brevedad, nos referiremos a la Iglesia cuando en realidad debiéramos decir Iglesia Católica.

Otra particularidad en lo que se refiere a la Iglesia, y ahora sí católica, universal, es la articulación de lo propiamente católico con lo local, de lo universal con lo particular. Como sabemos esta articulación de niveles siempre es sobremanera difícil. Llevado –o traído mejor– a nuestro problema, la articulación de mensajes del Papa y de los diferentes órganos de la Iglesia universal con las particularidades de la Iglesia a nivel local, en lo que se refiere al tema de la tercera edad, es casi siempre ambigua, a veces conflictiva e incluso en algunos casos hasta contradictoria. Pero, quizá, por sobre todas las cosas, las mayores distancias no se dan entre lo "pensado allá" y lo "pensado acá", sino entre teoría y praxis. Aquí no parece ser especialmente relevante la distinción y articulación entre lo universal y lo local, sino entre lo pensado y lo obrado. Sin embargo es imposible no remitirnos a la primera diferencia en tanto es la Iglesia universal quien ha pensado específicamente sobre la tercera edad, mientras que a nivel de la Iglesia local no existe –al menos en nuestra intensa búsqueda no hemos conseguido– material teórico acerca de la ancianidad. Lo cual nos lleva a encontrar discrepancias, cuando no flagrantes contradicciones, entre lo universal y lo local, la teoría y la praxis, y –de manera espuria si se quiere– entre lo teórico universal y lo práctico local. Nos proponemos entonces, a lo largo del trabajo, ir viendo cómo y en qué momentos estas problemáticas se hacen presentes.

Otro punto sobre el cual creemos conveniente detenernos, a fin de evitar futuras lagunas conceptuales que favorezcan los malos entendidos, es acerca de qué es lo que se entenderá, aquí, por tercera edad, ancianidad o vejez.

En primer lugar vale decir que cualquier tipo de aproximación reduccionista a la vejez parece llamada al fracaso<sup>10</sup>. La vejez en tanto fenómeno global es extremadamente compleja, si se la define como un fenómeno bio-psico-sociológico seguramente nos acerquemos mucho más a este carácter que si lo hacemos teniendo en cuenta menos dimensiones, aunque difícilmente esta sumatoria de guiones diga algo. A nuestro entender, agregar el prefijo "bio" al referimos a la vejez, a pesar de lo estrechamente vinculado que se encuentra –en el común de la gente– la ancianidad con lo biológico, genera más dificultades que aportes. Si ya es arbitrario hablar de vejez sea cual sea la edad, la biología nos indica que estamos preparados para ser llamados "viejos" tan pronto como acabamos nuestro desarrollo y que la edad convencionalmente aceptada para serlo no tiene asidero en lo orgánico<sup>11</sup>.

En definitiva no es nuestra intención discutir cuándo se es viejo, a tales efectos asumiremos –como tantos otros– la marca de los sesenta y cinco (65) años<sup>12</sup>. Edad que no deja de ser más arbitraria que otras pero que tiene como correlato social la salida del mercado laboral por parte del sujeto. La jubilación es "el comienzo real de la vejez"<sup>13</sup> aseguran algunos, otros dicen "que seguramente esta fecha, más que ninguna otra, marca el comienzo de la psicología de la vejez. Los 65 años son, desde luego, una edad arbitraria, pero el hecho de la jubilación suele modificar tanto la vida, que no cabe duda que marca el inicio de una nueva etapa o forma de vida"<sup>14</sup>.

A los efectos de la investigación el hecho de entender como anciano a aquellas personas que son jubiladas parece ser suficiente. Especialmente si tenemos en cuenta que la relación que el anciano establece con el mundo del trabajo y la actividad será fundamental para ese segundo momento de la tesis en que propondremos una mirada crítica sobre algunos supuestos subyacentes a la relación de la Iglesia con la tercera edad.

---

<sup>10</sup> Barenys, María Pía. "El envejecimiento: aproximaciones teóricas" en *Revista de trabajo social*, Nº 131, pp. 19.

<sup>11</sup> "No podemos afirmar que en las proximidades de los 65 años se produzcan cambios somáticos que vengán a condicionar las características de la nueva etapa" (pp. 539). Monedero, Carmelo. "El envejecimiento", en *Psicología evolutiva del ciclo vital*.

<sup>12</sup> Fericla, Joseph. *Envejecer: Una antropología de la ancianidad*. Pp. 119-155.

<sup>13</sup> Lehr, Úrsula y Dreher, Gernot. "Factores determinantes de la actitud ante la jubilación" en *Revista de trabajo social*, Nº 17, pp. 14.

<sup>14</sup> Monedero, Carmelo. "El envejecimiento", en *Psicología evolutiva del ciclo vital*, pp. 575.

Hasta aquí está bien. Sin duda aparecerán nuevos conceptos sobre los cuales deberemos discutir, explicitar y si es posible ponernos de acuerdo, pero como ya dijimos no queremos que esto se confunda con un glosario. Nos interesaba, como primera aproximación, presentar los términos en relación, por un lado la Iglesia y por el otro la tercera edad.

Presentaremos a continuación, de manera exploratoria y descriptiva, algunas de las características más sobresalientes en lo que se refiere al discurso teórico-práctico de la Iglesia con respecto a la ancianidad.

## **I. Iglesia y Tercera edad**

La Iglesia, se dice, tiene una capacidad digestiva sorprendente. Quizá sea esto lo que le ha permitido permanecer durante –y no tan sólo sobrevivir a– dos milenios. Una capacidad digestiva tan sólo comparable, quizás, a la del capitalismo moderno. Una capacidad que por sobre todas las cosas es mérito y atributo de un sistema que busca perpetuarse<sup>15</sup>.

Quizá sea bueno recordar a estos efectos algo que Joan Estruch decía, aunque refiriéndose a la secularización, acerca de la Iglesia y su trato con lo novedoso y su increíble capacidad de incorporarlo casi sin producir quiebres o rupturas significativas.

Es la vieja y tradicional estrategia, tan típicamente eclesial por lo demás, consistente en reaccionar frente a cualquier novedad en tres tiempos: primero se condena la novedad como falsa; luego se dice que acaso no sea radicalmente falsa, pero sí sumamente peligrosa; y finalmente se afirma que la Iglesia ha venido proclamándola desde siempre<sup>16</sup>.

Más allá de la ironía, esta forma de lidiar con lo nuevo, extraño y amenazante, da la idea de una organización que posibilita a su interior una gran diversidad. Diversidad en el esquema desde donde se observa la realidad y diversidad en los esquemas desde donde se actúa en la realidad, por lo que la ambigüedad es un rasgo casi característico de la Iglesia en su relación con cualquier aspecto del mundo. Su relación con la ancianidad no podía escapar a esta generalidad.

---

<sup>15</sup> Que no debe entenderse como mantenerse idéntico. Cf. Barel, Yves. *La ciudad medieval. Sistema social-Sistema urbano*. Particularmente ver pp. 520-546.

<sup>16</sup> Estruch, Joan. "El mito de la secularización" en Díaz-Salazar, R., Giner, S., Velasco, F. (eds.), *Formas modernas de religión*, pp. 278.

## II. Características del discurso de la Iglesia sobre la Tercera edad.

A continuación enumeraremos los rasgos que consideramos más característicos en la conceptualización de la tercera edad por parte de la Iglesia.

### 1. La vejez como etapa vital privilegiada.

*[...] si algún aspecto dramático tiene la vejez  
no consiste en ser viejo, sino en haber sido joven.*

*Oscar Wilde<sup>17</sup>*

Desde los primeros pasos del cristianismo las personas ancianas han ocupado un lugar de privilegio dentro de la Iglesia, un lugar que no puede decirse que comiencen a ocupar con la Iglesia, sino que ésta más bien recoge lo que era natural en los primeros siglos de la expansión cristiana.

Sabido es que las funciones de gobierno en los centros medulares del Mediterráneo estaban en manos de los "Consejos de ancianos"<sup>18</sup>, los nombres que éstos adquirirían variaban según las ciudades<sup>19</sup> pero su función de dirigir los destinos y su relevancia social (que adquirirían en tanto eran ancianos) se mantenían como constantes. De hecho, la identificación entre edad avanzada y la función de gobierno llega tan lejos que los diferentes Consejos adoptan sus nombres del término que las comunidades tienen para designar a sus ancianos, como es el caso de la *Gerusia* espartana que proviene de *Geronte*, o el más nombrado caso del *Senado* romano, proveniente de *Senes*.

En el caso del cristianismo primitivo no sucede sino lo mismo. La identificación del anciano con la conducción de la comunidad es, a juicio de Douglas Cerdas Quirós, indiscutible. Varios son los términos que evidencian esta conjunción de edad avanzada–prestigio social–conducción de la comunidad. El *Zaqen* hebreo equivale al *Presbyteros* griego que designa al más anciano, a quien se le debe obediencia y respeto<sup>20</sup>, el *Episkopoi* ("obispo") a los "ancianos dirigentes de las Iglesias locales", y ambos quedan

<sup>17</sup> Ferigla, Joseph. *Envejecer: Una antropología de la ancianidad*, pp. 17.

<sup>18</sup> Pozo, Luis Bernardo Mons. "Pastoral de la tercera edad" en *Familia y Sociedad*, pp. 8.

<sup>19</sup> En Esparta encontramos a la *Gerusia*, en Israel el *Sanedrín*, en Atenas los *Consejeros públicos* (nombrados entre los mayores de 50 años) y en Roma el *Senado*. Douglas Cerdas Quirós. *La ancianidad en la tradición judeo-cristiana: Aportes para una Pastoral con la tercera edad*, pp. 5.

<sup>20</sup> Douglas Cerdas Quirós. *La ancianidad en la tradición judeo-cristiana: Aportes para una Pastoral con la tercera edad*, pp. 8.

unidos por una función que es la de *Kybernáo* o *Kyberinesis* –con su equivalente hebreo *Thabulot*– que significa "realizar reflexiones sensatas". Es más, *Kyberinesis* encuentra una segunda acepción que se aplica a la función de gobierno, y *Kyberinétés* (con su equivalente hebreo, *Hobel*) significa "el piloto". En definitiva, y para salir de estas búsquedas etimológicas y filológicas, la identificación entre ser anciano–ser respetable–ser conductor era incuestionable entre los cristianos primitivos<sup>21</sup>.

Otro aspecto, nada desdeñable a la hora de entender el lugar privilegiado en la Iglesia y en la Biblia en general, está dado por el carácter sagrado, de bendición y gracia, que supone una larga vida. La longevidad es, en los primeros estadios del desarrollo de la religión judeo-cristiana, la bendición divina por excelencia. La muerte no deparaba ningún futuro, no implicaba el pasaje a ninguna vida ultraterrena que significara alguna prolongación de la memoria o de la sustancia personal<sup>22</sup>, por lo que una prolongada existencia era en cierto modo ser un agraciado por Dios y signo de la benevolencia divina<sup>23</sup>.

Vale traer a colación, aunque tangencialmente, una reflexión de John Bowler al respecto.

El hecho fundamental es oien claro: cuando tenemos acceso a las reflexiones sobre la naturaleza de la muerte y sobre la posibilidad de una existencia más allá de la muerte, resulta que se da abrumadoramente el caso de que las más tempranas ideas sobre la muerte y el más allá [...] eran exactamente lo contrario de lo que suponían Marx y Freud. Abrumadoramente, la muerte era considerada algo que era preciso posponer tanto como fuese posible, ya que nada hay después de la muerte que se pueda desear, en tanto en cuanto queda ser un lugar de compensación o bienaventuranza<sup>24</sup>.

Llegar a viejo era alcanzar el cielo en la tierra.

---

<sup>21</sup> Bajo ciertas circunstancias, cuando esta identificación se rompía, los términos mismos cambiaban. El *Presbytero* se convertía en *Palaiotes* (el anciano que por anclarse en su pasado, pierde la capacidad de transmitir su experiencia, ya no merece respeto y tampoco es digno de ocupar ningún puesto de autoridad). Cf. Douglas Cerdas Quirós. *La ancianidad en la tradición judeo-cristiana: Aportes para una Pastoral con la tercera edad*, pp. 7-10.

<sup>22</sup> Cf. Segundo, Juan Luis. *El infierno. Un diálogo con Karl Rahner*, y Bowker, John. *Los significados de la muerte*, pp. 46.

<sup>23</sup> Cf. Pozo, Luis Bernardo Mons. "Pastoral de la tercera edad" en *Familia y Sociedad*, pp. 9; Juan Pablo II, "Carta a los ancianos ('Los años vuelan...')" en *Vida nueva (2211)*, pp. 26.

<sup>24</sup> Bowker, John. *Los significados de la muerte*, pp. 46.

Hoy en día ninguna de estas dos situaciones es igual. En primer lugar la identificación que señalábamos entre la vejez, el respeto y la Kiberinesis no se da<sup>25</sup> y en segundo lugar la longevidad no parece ser una gracia demasiado particular, o bien porque Dios ha encontrado en el desarrollo científico un excelente aliado a la hora de impartir esta gracia, o bien debemos aceptar que Dios se ha vuelto particularmente "gracioso" en las últimas décadas.

Sin embargo, y a pesar de los cambios, la mirada de la Iglesia sigue reivindicando a la vejez como edad privilegiada, aunque lo hace de manera bastante despareja. Mientras que en algunos momentos se puede llegar a instancias donde se reivindica a la vejez como etapa de plenitud de vida donde solamente se coloca el énfasis en las características positivas que trae aparejada la edad, en otros momentos –y sin evitar hablar de plenitud– se da una imagen más "realista"<sup>26</sup> cuando se presentan conjuntamente realidades que expresan decadencia y plenitud. Aquellas visiones que plantean a la vejez como la etapa más plena de la vida se acercan mucho a las llamadas teorías de los "Golden years"<sup>27</sup>; las "realistas" por su parte presentan, como formulación más paradigmática, a la ancianidad como una edad de "crecimiento por disminución", es decir una etapa vital donde no sólo se adquieren ciertas características o habilidades y se dejan otras, sino que "lo que [los ancianos] *ganan* se debe precisamente a lo que *pierden*; no se crece sino a costa de la disminución"<sup>28</sup>.

Más allá de las diferencias, escuetamente señaladas, lo importante es que ambas coinciden en la visión positiva acerca de la tercera edad, encontrar las bases de esta visión de manera más extensa será labor de otros apartados, sin embargo si consideramos relevante realizar una puntualización acerca de cómo se articula esta mirada, eminentemente teórica, con la práctica eclesial concreta.

La Iglesia, como señala el sacerdote Francisco Álvarez,

...no es enteramente inmune a la gerontofobia que caracteriza a la sociedad occidental... [y] ...la presencia del anciano en la iglesia no es siempre favorecida ni incluso deseada. Las parroquias 'no se alegran precisamente del gran número de

---

<sup>25</sup> Una frase ilustrativa al respecto puede ser que "Mientras todos desean vivir largo tiempo, nadie desea llegar a viejo". Barros, Germán. "El primer seminario nacional de la ancianidad" en *Revista de trabajo social*, pp. 47.

<sup>26</sup> Término utilizado por uno de los documentos brindados por el movimiento Vida Ascendente. "La realidad de los adultos mayores en el mundo de hoy y en la vida religiosa".

<sup>27</sup> Barenys, María Pía. "El envejecimiento: aproximaciones teóricas" en *Revista de trabajo social*, Nº 131, pp. 18.

<sup>28</sup> Barros, Raimundo. "El arte de envejecer" en *Revista de trabajo social*, pp. 73.

ancianos que acuden a ellos, sino que los experimentan sobre todo como una carga'. ... En este sentido, el anciano es visto en buena medida como consumidor pasivo de actos de culto, que usa de la religión como una forma de socialización (¿de distracción incluso?), o que se refugia en ella como si fuera su última tabla de salvación. Son 'clientes' seguros que ocupan un lugar secundario en la acción pastoral de la comunidad<sup>29</sup>.

Si bien no debe exagerarse la importancia de este comentario<sup>30</sup> no debe dejar de señalárselo como una disonancia con la mirada teórica de la Iglesia y aún también con la tradición, es decir con aquel esbozo que intentamos plantear acerca de la relación entre Iglesia primitiva y ancianidad.

Es importante comprender el alcance de este comentario en el marco de la fe y desde el interior de una religión, difícilmente podamos tan siquiera captar su significado desde la sociología. ¿Por qué decimos esto? Porque la sociología –o las ciencias sociales en su conjunto– no se detienen en la clasificación de motivos puros o espurios a la hora de acercarse a una religión, todo motivo que nos acerque a la religión para la sociología es válido, es un dato, y la religión no puede comprenderse si no es a la luz de eso que los miembros de las religiones pueden catalogar como motivos espurios. Las funciones de integración, de cohesión social, de seguridad, de desparadojización de la vida son inherentes a la religión misma en la mirada científica, desde Marx, Durkheim, o quien sea, la religión ha quedado constituida por funciones sociales que no son específicamente religiosas a los ojos del hombre de fe<sup>31</sup>... sin embargo desde la religión la posibilidad de acusar de acercamiento espurio es siempre posible.

Quizá desde la propia esquizofrenia sociológico-religiosa podamos preguntarnos: ¿es que acaso existe algún motivo que haga pura a alguna aproximación a la religión mientras que otros motivos la hacen impura? Acaso no toda institución social subsiste porque de una u otra manera logra satisfacer alguna necesidad<sup>32</sup>. Si yo me acerco a la Iglesia porque no le encuentro sentido a mi vida, fenómeno bastante común si se quiere hoy en día; o mejor aún, porque no le encuentro sentido a, y es más me aterra, la muerte; o en realidad mi alma tiene un deseo tan hondo de inmortalidad, al modo de Don Miguel

---

<sup>29</sup> Álvarez, Francisco. "El anciano en la Iglesia local", pp. 1.

<sup>30</sup> Comentarios que en lo personal se han escuchado en repetidas ocasiones.

<sup>31</sup> A modo de comentario, es revelador tener en cuenta que en el marco del Taller de Tercera Edad yo realizaba una distinción entre motivos extra-fe y motivos específicamente religiosos en el acercamiento de los viejos a la parroquia... esta distinción no logró, ya no ser acogida sino, ser comprendida por las mentes a-religiosas pero sí sociológicas del Taller.

<sup>32</sup> Milanese, J. *Los procesos generales sobre el proceso de institucionalización*, pp. 23.

de Unamuno<sup>33</sup>, que me aferro a la fe con todas mis fuerzas: o yo amo tanto a Dios que decido comenzar a formar parte de una comunidad: o cualquier otro que se nos pueda cruzar por la mente o la vida... dónde está el límite, cuál es el criterio para que mi participación en la Iglesia sea de carácter espurio o no, cuándo me encuentro habilitado para estar, a los ojos de los demás, "libre de pecado en el motivo" de acercamiento a la religión... quizá nunca y eso deberíamos aceptarlo.

## 2. El viejo: Experiencia, memoria y testigo.

*[...] los sabios no son los ancianos,  
ni por ser viejos comprendan lo que es justo.*

*Job 12:9*

*[...] cabellos blancos, argumento  
son de edad, no de prudencia.*

*Platón<sup>34</sup>*

Esta conjunción de términos es casi inseparable, a los ojos de la Iglesia, a la hora de caracterizar a la vejez como una edad plena. La ancianidad se vuelve edad de plenitud y servicio sólo en la medida que el viejo combine su experiencia, con la memoria y con la actualización de ambas de una manera cristiana siendo testigo.

Si bien más adelante nos adentraremos en los carismas específicos de la ancianidad, debemos señalar que tanto la experiencia como la memoria, o mejor aún ser depositarios de la memoria colectiva, son dos de los carismas o riquezas sobre las cuales existe mayor unanimidad en los diferentes documentos eclesiales. Y en esto la Iglesia no se aparta ni de la tradición ni de la sabiduría popular –saber que por cierto ha contribuido a crear–.

Un refrán popular catalán, citado por Joseph Fericgla, dice: "Si vols prendre consell pren-lo sempre d'home vell"<sup>35</sup>. O quizá más cercano nos pueda resultar: "El diablo más sabe por viejo que por diablo". En definitiva parecería ser que la asociación entre experiencia, memoria y en última instancia sabiduría (don de consejo) está profundamente arraigada en lo popular, pero como ya señalamos también en la Iglesia.

---

<sup>33</sup> Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*.

<sup>34</sup> Fericgla, Joseph. *Envejecer: Una antropología de la ancianidad*, pp. 17.

<sup>35</sup> "Si quieres tomar consejo, búscalo siempre en un hombre viejo". Fericgla, Joseph. *Envejecer: Una antropología de la ancianidad*, pp. 52.

Si recordamos la identificación entre vejez y la función de gobierno –manejada en el apartado anterior– podemos ver como ésta se basa en el supuesto de la experiencia, la memoria y, en consecuencia, la sabiduría. Hoy en día la cuestión, para la Iglesia no ha cambiado sustancialmente, recordar unas palabras de Juan Pablo II al dirigirse a los ancianos es pertinente a efectos de ejemplificar lo dicho.

También la ancianidad tiene una función que cumplir en el proceso de progresiva madurez del ser humano en camino hacia la eternidad. De esta madurez se beneficia el mismo grupo social del cual forma parte el anciano. Los ancianos ayudan a ver los acontecimientos terrenos con más sabiduría, porque las vicisitudes de la vida los han hecho expertos y maduros. Ellos son depositarios de la memoria colectiva y, por eso, intérpretes privilegiados del conjunto de ideales y valores comunes que rigen y guían la convivencia social. Excluirlos es como rechazar el pasado, en el cual hunde sus raíces el presente, en nombre de una modernidad sin memoria. Los ancianos, gracias a su madura experiencia, están en condiciones de ofrecer a los jóvenes consejos y enseñanzas preciosas<sup>36</sup>.

... la vejez tiene sus ventajas porque –como enseña San Jerónimo–, atenuando el ímpetu de las pasiones, 'acreciento lo sabiduría, da consejos más maduros'. En cierto sentido, es la época privilegiada de aquella sabiduría que generalmente es fruto de la experiencia, porque 'el tiempo es un gran maestro'. Es bien conocido la oración del Salmista: 'Enseñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato' (Sal 90[89]:12)<sup>37</sup>.

La asociación es clara, pero más aún pueden ayudarnos otras palabras del obispo de Roma.

Por eso el Sirácida aconseja: 'Acude a la reunión de los ancianos; ¿hay un sabio?, únete a él' (Si 6:34); y también: 'No desprecies lo que cuentan los ancianos, pues ellos también han aprendido de sus padres; de ellos aprenderás prudencia y a dar respuesta en el momento justo' (Si 8:9). De aquí se deduce que no hay que considerar a las personas ancianas sólo como objeto de atención, cercanía y servicio. También ellas pueden dar una valiosa contribución a la vida. Gracias al rico patrimonio de experiencias que han adquirida a lo largo de los años, pueden y deben ser transmisoras de sabiduría y testigos de esperanza y caridad<sup>38</sup>.

---

<sup>36</sup> Juan Pablo II. "Carta a los ancianos ('Los años vuelan...')" en *Vida nueva (2211)*, pp. 27.

<sup>37</sup> Juan Pablo II. "Carta a los ancianos ('Los años vuelan...')" en *Vida nueva (2211)*, pp. 26.

<sup>38</sup> Juan Pablo II. "El valor de la senectud".

Evidente es entonces, para la Iglesia, la asociación entre experiencia, memoria y consecuente sabiduría en la ancianidad. Ahora bien, si nos detenemos en las palabras que acabamos de citar vemos como "la experiencia sabia" que da la edad no sólo puede, sino que *debe*, iluminar a las generaciones más jóvenes. Sólo en ese momento la vejez se hace plena, sólo al brindarse<sup>39</sup>, sólo al convertirse en testimonio de vida. Testimonio de vida para las demás generaciones pero también entre sus pares. El Consejo Pontificio para los laicos ha señalado que:

Lejos de ser sujetos pasivos de la atención de la Iglesia, los ancianos son apóstoles insustituibles, sobre todo entre sus coetáneos, pues nadie conoce mejor que ellos los problemas y la sensibilidad de esa fase de la vida humana. Hoy cobra especial importancia el apostolado de los ancianos con los ancianos en forma de testimonio de vida. En nuestros tiempos, escribió Pablo VI en la *Evangelii nuntiandi*, el hombre 'escucha más a gusto a los testigos que a los maestros, o si escucha a los maestros es porque son testigos'<sup>40</sup>.

Entender estas asociaciones es fundamental para lo que sigue, y principalmente lo será a la hora de analizar la relación que el anciano mantiene con su pasado.

Como vemos el valor que el anciano tiene a los ojos de la Iglesia es en relación con su pasado. No debe confundirse esto con que sea únicamente el pasado mismo lo que le dé la valía al anciano, sino más bien que ésta viene dada<sup>41</sup>, en parte, por una característica propia de la edad que le permite reformular su pasado de tal manera que pueda discernir lo esencial de lo que no lo es; de alguna forma, la Iglesia supone que el mero paso del tiempo genera una capacidad –superior a otras edades o incluso específica de la ancianidad– de realizar una observación de segundo orden tal que el anciano sea capaz de tener una visión más completa de la vida, más centrada y clara en lo esencial. Para la Iglesia la edad no sólo trae consigo canas y achaques, sino cualidades particulares que la enriquecen. Sin embargo, y a pesar de esto, el valor que adquiere el pasado a la hora de valorar a la tercera edad es a nuestro entender problemático.

---

<sup>39</sup> Vale señalar que toda edad se hace plena, según la mirada católica, cuando se brinda, cuando pone sus dones al servicio del otro; ya no sólo la de edad avanzada, sino toda persona se hace plena cuando se brinda al otro y a Dios.

<sup>40</sup> Consejo Pontificio para los laicos. "La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo", IV: "La Iglesia y los ancianos".

<sup>41</sup> El valor del anciano en tanto que "creatura" divina nunca está en duda, ahora esta característica tiene un lugar relevante en el valor específico de esta etapa vital.

especialmente si nos detenemos a pensar en lo fácil que resulta para el anciano anclarse en el pasado<sup>42</sup> y la posición que la Iglesia asume acerca del anciano que cae en esto.

Por otro lado es indispensable señalar el peso que tiene la tradición a la hora de definir a la experiencia y a la memoria como componentes esenciales en la valoración del anciano. En la base de esta consideración se encuentran formulaciones tanto antiguo como neo-testamentarias, sin mayores modificaciones. Si bien uno no puede negar, ni dejar de señalar, el peso de la *tradición* en toda la historia de la evolución de la Iglesia y de su pensamiento, tampoco se puede dejar de señalar el evidente cambio en todas las condiciones sociales.

Algunos han hecho notar que el pensamiento de la Iglesia acerca de la ancianidad, en tanto que pensamiento específico y sistemático sobre esta etapa vital, se da a partir del pontificado de Juan Pablo II, es decir con desarrollo del problema del envejecimiento como problema sociológico. Ahora bien, si uno se remite a los documentos que la Iglesia universal –aunque también se podrían manejar documentos de las diferentes Iglesias locales, pues no supondría ninguna variación significativa–, no encontrará ninguna formulación sustancialmente nueva con respecto a aquellas que nos remiten a la Biblia o la tradición; el pensamiento acerca de la ancianidad hoy en día ha ganado en sistematicidad pero sigue siendo casi idéntico al de las primeras comunidades cristianas. E intento explicarme mejor a fin de evitar malos entendidos.

Es el papel que los ancianos ocupaban casi dos milenios atrás lo que reclama y propone la Iglesia como lugar para la tercera edad en el mundo moderno. como ejemplo más paradigmático y hasta jocoso podríamos leer:

Lo narrado en la Historia Bíblica de la Salvación representa un modelo oportuno para ser recreado en nuestra realidad latinoamericana; hay que devolverle a los más viejos la conducción de los destinos de esa historia<sup>43</sup>.

Bueno sería preguntar al autor, entonces, quiénes gobiernan hoy los destinos de América latina, o quiénes los del mundo<sup>44</sup>. La Iglesia reclama para hoy las mismas que para hace dos mil años, la experiencia y la memoria deberían jugar los mismos papeles. Por un problema de vertiginosidad en el cambio, y no ya sólo en lo tecnológico sino en

---

<sup>42</sup> Busturía Jimeno, González G.-Solana, Molezún. "Grupos operativos en la vejez" en *Grupo operativo y psicología social*.

<sup>43</sup> Douglas Cerdas Quirós. *La ancianidad en la tradición judeo-cristiana: Aportes para una Pastoral con la tercera edad*, pp. 15.

<sup>44</sup> Con respecto al valor de la edad proveya en la política –particularmente en el Parlamento uruguayo– señalamos: Cardeillac, Joaquín. *La construcción social de la vejez en el parlamento*.

todos los ámbitos de la vida, no puede pasar desapercibido este fenómeno como un foco permanente de tensión. Una puntualización<sup>45</sup>, realizada por el Papa, parece ser adecuada: "Aunque ésta [la experiencia del anciano], como puede suceder, no esté en sintonía con los tiempos que cambian, hay toda una serie de vivencias que pueden transformarse en fuente de numerosas sugerencias"<sup>46</sup>.

En definitiva la Iglesia traspasa criterios y categorías de valoración para la tercera edad que son propias de otro tiempo; aquellos que eran válidos para una sociedad arcaica los aplica sin más a la sociedad (pos)moderna. Acerca de este punto, es decir el predominio de la visión arcaico-rural en la Iglesia, nos detendremos al analizar la relación que ésta establece con la ancianidad en el ámbito urbano.

Por último, antes de continuar con los carismas propios de la vejez, realizaremos una muy breve puntualización sobre lo señalado en los anteriores párrafos.

No se entienda que se reclama a la Iglesia el desarrollo de un discurso científico acerca de la tercera edad, somos conscientes de las diferencias a la hora de comunicar que supone un sistema social como la ciencia, en particular la sociología, y un sistema social como la religión, en este caso la Iglesia Católica. Sabemos que la referencia a los textos pertenecientes a la Biblia, y en este caso particularmente al nuevo testamento, y la referencia a la tradición tienen un peso diferencial en la estructuración del discurso católico. La Iglesia no escribe para el sistema científico, y el peso que tiene una cita bíblica no se logra con un grueso volumen de estadísticas acerca de la situación de la vejez en la sociedad actual, simplemente parece necesario explicitar el desfazaje que supone el trasvase de la situación de la vejez en una sociedad arcaica-rural de aproximadamente dos mil años atrás a la sociedad actual sin más *aggiornamento* que el medio de difusión y una cita papal<sup>47</sup>.

En fin, la mirada de la Iglesia sobre la ancianidad está fuertemente marcada por el pasado, ya en lo que se refiere al nivel personal –en el valor de la experiencia de cada viejo en particular–, ya en lo que refiere al pasado histórico, en tanto supone la situación de la ancianidad en una momento histórico concreto como ideal y la propone como modelo para la sociedad actual. Sobre estos tópicos regresaremos más adelante.

---

<sup>45</sup> La única que encontramos en los diferentes materiales revisados.

<sup>46</sup> Juan Pablo II. "El valor de la senectud".

<sup>47</sup> Gran parte de estos documentos se encuentran en Internet, y en relación a la cita papal ver nota al pie 45.

### 3. Los carismas de la tercera edad.

Por carisma, en el lenguaje de la Iglesia Católica, debe entenderse el favor, don gratuito o beneficio que el Espíritu Santo concede a los seres humanos para asociarse a la obra de Dios, colaborar en la salvación de los otros y en el crecimiento de la Iglesia<sup>48</sup>. A la hora de hablar sobre la ancianidad la Iglesia también le reconoce carismas propios.

Nos proponemos dar cuenta, brevemente, de los dones propios de la vejez.

- a. *Gratuidad*. El retiro del mercado laboral por parte del anciano, voluntario o no, le proporciona un dominio sobre el tiempo diferente del que tiene el resto de la sociedad. La disponibilidad de tiempo que su condición le supone permite que su tiempo no se mida según los parámetros de la eficiencia, que sí impera para otras edades, y que en consecuencia su disponibilidad de tiempo se transforme en un tiempo de disponibilidad al servicio del bien común.
- b. *Memoria*. Ya nos hemos detenido anteriormente en el valor del anciano en tanto que depositarios de la memoria colectiva: el valor del anciano y en consecuencia su función, tanto al interior de la Iglesia como de la misma sociedad, radica en recordar. Recordar, tanto la historia como las vivencias personales, pues "una sociedad que minimiza el sentido de la historia evade la tarea de la formación de los jóvenes... [y una sociedad] que ignora el pasado corre el riesgo de repetir más fácilmente los errores de ese pasado"<sup>49</sup>.
- c. *Experiencia*. Su riqueza es la experiencia vital, no la técnica. Y en particular, como ya señalamos, en el don de sopesar sus vivencias, de discernir lo esencial de aquello meramente accidental.
- d. *Una visión más completa de la vida*. "... ver los acontecimientos terrenos con más sabiduría..."<sup>50</sup> es, según la Iglesia, uno de las características y riquezas más importantes de la vejez. "La tercera edad es, además, la edad de la sencillez, de la contemplación"<sup>51</sup>, la edad donde aquello que las demás edades ponen sobre un pedestal es derribado y únicamente se coloca sobre él lo "esencial".

---

<sup>48</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, Párrafo 2003, pp. 451.

<sup>49</sup> Consejo Pontificio para los laicos. "La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo", I: "Sentido y valor de la vejez".

<sup>50</sup> Juan Pablo II, "Carta a los ancianos ('Los años vuelan...') en *Vida nueva (2211)*, pp. 27.

<sup>51</sup> Consejo Pontificio para los laicos. "La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo", I: "Sentido y valor de la vejez".

e. *Interdependencia*. El anciano es, desde su soledad, quien se convierte en denuncia permanente a una sociedad que excluye y discrimina, que se centra en el individuo y olvida el carácter social de la vida. Es el anciano quien reclama comunidad, especialmente la eclesial, que acoja a todos –más allá de las diferentes barreras sociológicas que puedan levantarse.

Cinco son entonces los carismas que el Consejo Pontificio de los laicos señala como propios de la ancianidad. Pero más allá de que no sean catalogados como carismas, otras características –asociadas a esta etapa vital– son señaladas como riquezas de la edad.

La primera que parece importante señalar, por la continua presencia en la bibliografía, es la de ser una *edad privilegiada para la trascendencia*. Este tiempo que permite el lujo de la contemplación y el de la oración<sup>52</sup> es esencialmente un tiempo de colocarse en manos de Dios, un tiempo de reconciliarse con el pasado y de entregarse a los otros a través de la Iglesia.

Otra potencial riqueza del anciano, a los ojos de la Iglesia, es su “compromiso con la vida”, que por sobre todas las cosas en los documentos en que se utiliza esta expresión supone la negación de la eutanasia<sup>53</sup>. Esta es una tarea en la que los ancianos juegan un papel fundamental, el anciano no sólo debe enseñar a vivir –como testigo– sino que también debe enseñar a morir. Si bien la tarea no es necesariamente privativa del anciano, la vejez es una edad privilegiada para enseñar a lidiar y aceptar la muerte.

Por último el viejo presta un servicio casi inconsciente a la Iglesia, un servicio por el simple hecho de ser viejo –que es sinónimo de debilidad y exclusión– que es el de recordar constantemente a la Iglesia su compromiso con los débiles y los olvidados. Como señala Francisco Álvarez:

Eillos, junto con los enfermos, los pobres y los niños, son las mejores oportunidades para que la comunidad cristiana saque lo mejor de sí misma, en cuanto comunidad humana: su solidaridad, su sensibilidad hacia lo débil, su capacidad de comprensión y su realismo. [...] Quiérase o no, los ancianos que frecuentan nuestras Iglesias, que demandan servicios y,

---

<sup>52</sup> Cf. Barros, Raimundo. “El arte de envejecer” en *Revista de trabajo social*, 17, pp. 76; Consejo Pontificio para los laicos. “La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo”, V: “Orientaciones para una pastoral de los ancianos”.

<sup>53</sup> Importa señalar que este –la negación de la eutanasia– es un tópico recurrente en cada uno de los documentos que Juan Pablo II, u otra instancia del Vaticano, dedica a la ancianidad.

sobre todo atención y escucho, son un recordatorio permanente de lo verdadero naturaleza de la misión de la Iglesia<sup>54</sup>.

#### 4. El viejo y el pasado.

*Cualquier destino, por largo que sea,  
consta en realidad de un solo momento:  
el momento en que el hombre sabe para siempre quién es.*

*Jorge Luis Borges. Biografía de Tadeo Isidoro Cruz.*

La relación del hombre con el tiempo no dejará de ser nunca un problema. "Repetidas veces me dije –dice Borges– que no hay otro enigma que el tiempo, esa infinita urdimbre del ayer, del hoy, del porvenir, del siempre y del nunca"<sup>55</sup>. Ahora bien cuando al tiempo lo ponemos en relación con el anciano el problema que se plantea es qué se hace con el pasado, cómo se lo reelabora para ponerlo en relación con el presente y aún más con el futuro. El problema no es simple.

La Iglesia, como ya vimos, encuentra en el pasado del viejo –es decir, en la vida vivida– el valor específico de esa etapa vital; es la experiencia y es la memoria lo que define el lugar privilegiado, al menos en la teoría, del viejo en la Iglesia y también en la sociedad. Desde la conjunción de la experiencia y la memoria se desarrolla "una visión más completa de la vida"<sup>56</sup>. Este modo de entender la riqueza de la ancianidad supone, a nuestro entender –y como ya lo dejamos vislumbrar en el apartado referido al viejo como experiencia, memoria y testigo–, una oposición casi insalvable e inevitable entre el pasado como fundador de valor de la vejez y por otro lado la visión que la Iglesia tiene acerca del anciano que queda anclado en su pasado.

Según Unamuno la identidad de cada uno está dada por el cuerpo y por la memoria. "lo que determina a un hombre, lo que le hace un hombre, uno y no otro, el que es y no el que no es, es un principio de unidad y un principio de continuidad"<sup>57</sup>, y más allá de si algo se puede agregar o discutir a esta idea, para el viejo tanto el cuerpo como la memoria juegan un papel central en su definición identitaria. El cuerpo del viejo es, junto a su memoria, lo único que le dice quién fue, qué hizo, y en consecuencia quién es hoy. "El

---

<sup>54</sup> Álvarez, Francisco. "El anciano en la Iglesia local", pp. 5.

<sup>55</sup> Jorge Luis Borges. "There are more things" en *El libro de la arena*.

<sup>56</sup> Es relevante señalar que esa pequeña frase encierra tres de los cinco carismas de la ancianidad.

<sup>57</sup> Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 13.

agotamiento de su cuerpo es el único trofeo gestado que presentan, como esas copas sin brillo de muchas vitrinas, pero que recuerdan y simbolizan proezas de otros tiempos"<sup>58</sup>, no es sólo que la historia se inscribe en los cuerpos –al decir de Foucault– sino que se hace presente en ellos. El viejo no puede evitar remitirse al pasado para afirmar su presente.

La crisis de identidad que supone cualquier rito de paso, mucho más cuando éste es incompleto<sup>59</sup>, debe ser salvada de alguna manera y el pasado siempre está a mano. Si se entiende que el "no sé quién soy, sólo quien fui", "no sé qué hacer, sólo lo que hice" es un grito desesperado por encontrar una manera de entenderse a sí mismo, se debe coincidir con las autoras cuando nos dicen que "no es pues que el viejo se haya quedado sin energía, es que tiene que reorganizarla para desde la vivencia del pasado–presente 'fui, hice, me pasó' consiga una identidad con el ahora"<sup>60</sup>. El viejo necesita vivir a partir del pasado pues sólo en éste ha ocupado algún "lugar" en la sociedad.

Esto no es un fenómeno completamente nuevo. La Iglesia ya en sus orígenes distinguía entre el anciano que no se anclaba en el pasado, que en consecuencia merecía respeto y tenía capacidad para el gobierno, de aquellos que estancándose en su pasado no eran dignos de estas características. La distinción se daba entre el *Presbyteroi* y el *Palaiotes*, mientras el primero merece respeto y posee el don de gobierno, el segundo refiere al anciano que por quedar preso de su pasado "no retransmite su experiencia, no lega su saber y eso le impele a claudicar y a ceder su puesto de autoridad al 'hombre nuevo'"<sup>61</sup>. Esta defensa del anciano como sujeto no encerrado en el pasado hoy en día sigue vigente, o si se lo quiere decir de otra manera la Iglesia sigue condenando al *Palaiotes*<sup>62</sup>.

Ya hemos señalado, en anteriores ocasiones, a la mirada de la Iglesia acerca de la vejez y el pasado como problemática. Por un lado la vejez, en general, necesita del pasado para afrontar la crisis de identidad a que se ve enfrentada en la sociedad actual; por otro, la Iglesia encuentra en los pasados particulares de cada anciano las bases que le dan valor específico a éste –en tanto que experiencia y memoria–; y por último el valor

---

<sup>58</sup> López Azpiarte, Eduardo. "El arte de envejecer: una nueva asignatura" en *Actualidad Pastoral*, pp. 193.

<sup>59</sup> Ferigla, Joseph. *Envejecer: Una antropología de la ancianidad*, pp. 120.

<sup>60</sup> Busturia Jimeno, González G.-Solana, Molezún. "Grupos operativos en la vejez" en *Grupo operativo y psicología social*, pp. 111.

<sup>61</sup> Douglas Cerdas Quirós. *La ancianidad en la tradición judeo-cristiana: Aportes para una Pastoral con la tercera edad*, pp. 9.

<sup>62</sup> "Es un deber que hay que asumir [...] superando decididamente la tentación de refugiarse nostálgicamente en un pasado que ya o volverá, o de renunciar a comprometerse en el presente por las dificultades halladas en un mundo de continuas novedades..." Consejo Pontificio para los laicos. "La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo", V: "Orientaciones para una pastoral de los ancianos".

social de la ancianidad y la función que la Iglesia reclama para ésta en la sociedad moderna están dados por la experiencia pasada de la propia Iglesia, es decir que el lugar social privilegiado que los de mayor edad ocupaban en las primitivas comunidades cristianas, o las funciones que éstos tenían en ellas, guían la mirada de la Iglesia sobre la ancianidad en la actualidad. En fin el problema radica en cómo no quedar encerrado en el pasado, si todo lo bueno que tiene la ancianidad (ante sus propios ojos pero también a los de la Iglesia) está en el pasado (ya en el personal, ya en el histórico), cómo condenar aquello que se exalta y en última instancia es fuente de virtud.

Seguramente se nos refute diciendo que esto no es lo que sucede en la Iglesia, y en parte se tendrá razón, pero el hecho de que la Iglesia no haya desarrollado una misión específica del anciano que no tenga como único fundamento el pasado, y que los carismas que se le reconocen como propios no se asienten sino únicamente en un tiempo que ya no volverá, supone negarle a la ancianidad una función que implique vida, es decir futuro. Su misión será reciclar recuerdos, memorias y experiencias para ayudar a las generaciones más jóvenes. vivir lo ya vivido para ayudar a vivir, en definitiva no ya sólo su presente sino su futuro quedan atados al pasado... a un pasado que salva y a su vez condena.<sup>63</sup>

## 5. Ancianidad y muerte.

*¡Si se pudiera amortizar la muerte durmiéndola a plazos!*

*Stanisław J. Lec.*<sup>64</sup>

Una de las sorpresas más grandes que tuvimos, y aún somos presa de ella, cuando comenzamos con la revisión bibliográfica para la tesis, fue percatarnos el poco peso que tiene el tema de la muerte en los documentos de la Iglesia. Si, aunque parezca raro, la muerte no es un tópico recurrente en los documentos que tratan de la tercera edad.

---

<sup>63</sup> La objeción obvia sería preguntar sobre qué otra cosa podría fundarse el carisma o la función del viejo si no es sobre el pasado, pues en definitiva es el tiempo acumulado lo que lo diferencia de las otras etapas vitales. A esto, si bien no puede objetársele nada en el razonamiento, se le debe oponer que por ejemplo el "enseñar con su propia muerte" no constituye un carisma y sólo de manera tangencial aparece cuando el énfasis de los documentos papales cae en la negación de la eutanasia.

<sup>64</sup> Eco, Umberto. *Sobre literatura*, pp. 81.

La muerte siempre será misterio. Unamuno aconsejaba diciendo –por boca de otro– que “nada digno de probarse puede ser probado ni des–probado, por lo que sé prudente, agárrate siempre a la parte más soleada de la duda y trepa a la Fe allende las formas de la Fe”<sup>65</sup>, y continuaba, en su veta irracionalista, “porque vivir es una cosa y conocer otra, y como veremos, acaso hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es antirracional, no ya sólo irracional, y todo lo racional, anti–vital. Y esto es la base del sentimiento trágico de la vida”<sup>66</sup>. Era el hambre de eternidad y el anhelo de Dios el que le llevaba a decir que “siempre se debe comprender la vida como un abrazo a la Fe”<sup>67</sup>.

Porque allí donde la razón no puede decir nada, o si dice algo es lo mismo<sup>68</sup>, la fe encuentra su lecho. En el misterio, en lo indeterminable –quizá la realidad más paradigmática de este tipo sea la muerte– la religión encuentra su razón de ser. La determinación de lo indeterminable<sup>68</sup>, la respuesta al misterio, es la función propia de la religión y “nunca podría ser llenada por la ciencia u otro sistema parcial”<sup>69</sup>. Por eso resulta extraño el silencio, aunque no total, de la Iglesia al respecto. La ancianidad nos pone, no ya ante lo inevitable de la muerte sino más aún, ante la cercanía e inmediatez de ésta, y la Iglesia calla cuando sólo ella –es decir, la religión en general– es capaz de decir algo.

Allí donde aparece el misterio, lo indeterminado, la muerte, la razón debe callar. Eco lo ejemplifica magistralmente.

Llenaron la fosa y plantaron, como si fuera una cruz, la espada del amigo. Baudolino, el Poeta, Boron y Kyot se arrodillaron en oración, mientras un poco separado Solomón murmuraba unas letanías que se usan entre los judíos. Los demás se quedaron un poco atrás. El Boidi ioa a pronunciar un sermón, luego se limitó a decir:

- ¡Vaya!
- Y pensar que hace pocos minutos estaba ahí –observó el Porcelli.
- Hoy aquí, mañana allí –dijo Aleramo Scaccabarozzi alias el Chula.
- Mira que tocarle a él –dijo el Cùttica.
- Es el destino –concluyó Colandrino que, aunque joven, era muy sabio<sup>70</sup>.

<sup>65</sup> Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 35.

<sup>66</sup> Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 36.

<sup>67</sup> Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*, pp. 45 y 47.

<sup>68</sup> Luhmann, Niklas. “Tradición y modernidad. Relaciones entre religión y ciencia” en *Revista Umbral* XXI, N°23.

<sup>69</sup> Arnold Cathalifauld, Marcelo. “El sistema social de la religión”.

<sup>70</sup> Eco, Umberto. *Baudolino*, pp. 355. Es relevante señalar que gran parte del grupo estaba compuesto por estudiantes de teología en la Sorbona. (Nota: El subrayado es mío).

"La religión, que en gran parte ha quedado privada de sus funciones de imagen de mundo, sigue siendo insustituible –señala Habermas–, cuando se la mira desde fuera, para el trato normalizador con lo extraordinario en lo cotidiano"<sup>71</sup>. Sin embargo la Iglesia no parece concederle un lugar privilegiado al tema de la muerte. Veamos igualmente qué es lo que dice acerca de ésta en relación a la tercera edad y descubriremos las distancias entre el discurso y la presencia del tema en el discurso de la Iglesia, y más aún las distancias entre el discurso y la praxis más concreta, ahora sí, a nivel local.

Se señala –en negrita– en uno de los artículos que "tratar de que el anciano no piense en esto (en el más allá), bajo el pretexto de evitar ideas negras, es el primero de los crímenes contra la ancianidad"<sup>72</sup>, sin embargo –contra lo que podría esperarse– el autor no dedica tan sólo una línea más al problema. Curiosamente todos los demás textos, donde se realiza alguna referencia a la muerte, asumen una posición acusadora con respecto a la "ausencia" de la muerte en el mundo moderno, a la transformación de ésta en tabú a fin que no turbe la vida, a su tratamiento privado y aséptico, en definitiva a la discreción con la que la muerte es manejada.<sup>73</sup>Curioso, digo, por aquello del problema oftalmológico con las vigas<sup>74</sup>.

Únicamente uno de los artículos desarrolla más extensamente la relación de la vejez con la muerte, y en particular el valor que tiene la manera en que el anciano lidia y se enfrenta a la muerte y a la enfermedad en tanto que enseñanza para las otras generaciones. En el texto se señala que "una tal manera de morir es el último servicio que presta el anciano a sus prójimos"<sup>75</sup>, reivindicando de esta manera una enseñanza que se funda en la relación del anciano con su futuro, y que por sobre todas las cosas lo vincula a Dios y al otro como edad privilegiada para ser testimonio de vida. El cristiano debe enfrentar "esta cita con un talante bien distinto del que no admite la revelación"<sup>76</sup>.

Ahora bien, si –como hemos señalado– el lugar que ocupa la muerte en el discurso de la Iglesia acerca de la ancianidad es relativamente exiguo, a nivel local puede decirse que es un problema que los movimientos de ancianos no tratan ni tan siquiera de acuerdo a la mínima mirada teórica–universal de la Iglesia. A modo de ejemplo y conclusión sobre este tópico señalaremos que el movimiento de Iglesia más desarrollado,

---

<sup>71</sup> Habermas, Jürgen. *Pensamiento postmetafísico*, pp. 62.

<sup>72</sup> Izquierdo Moreno, Ciriaco. "La Iglesia y los ancianos" en *Actualidad Pastoral*, Nº 28, pp. 186.

<sup>73</sup> Cf. López Azpiarte, Eduardo. "El arte de envejecer: una nueva asignatura" en *Actualidad Pastoral*, pp. 192; Barros, Raimundo. "El arte de envejecer" en *revista de trabajo social*, pp. 77; Consejo Pontificio para los laicos. "La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo", II: "El anciano en la Biblia".

<sup>74</sup> Cf. Mt 7:3-5.

<sup>75</sup> Barros, Raimundo. "El arte de envejecer" en *revista de trabajo social*, pp. 77.

<sup>76</sup> López Azpiarte, Eduardo. "El arte de envejecer: una nueva asignatura" en *Actualidad Pastoral*, pp. 196.

en lo implica trabajo con la tercera edad a nivel de la arquidiócesis de Montevideo, no trabaja esta cuestión de forma sistemática, a pesar de realizar semanalmente reuniones y seminarios sobre diferentes temas. De hecho, y a modo de anécdota bastante ilustrativa al respecto, en la entrevista que mantuvimos con un representante del movimiento –con motivo del trabajo de campo preliminar– a la hora de realizar un comentario acerca de la muerte de una compañera de grupo y cómo había sido procesado esto al interior del mismo, se nos dio a entender, sugestivamente, que apagáramos el grabador<sup>77</sup>.

## 6. El viejo como sujeto activo.

El 23 de marzo de 1984, Juan Pablo II se dirigía a los ancianos con estas palabras: “No se dejen sorprender por la tentación de la soledad interior. No obstante la complejidad de sus problemas (...), las fuerzas que progresivamente se debilitan, las deficiencias de las organizaciones sociales, los retrasos de la legislación oficial y las incomprensiones de una sociedad egoísta, no estén ni se sientan al margen de la vida de la Iglesia, o elementos pasivos en un mundo en excesivo movimiento, sino sujetos activos de un período humanamente y espiritualmente fecundo de la existencia humana [sic]. Tenéis todavía una misión por cumplir, una contribución para dar”<sup>78</sup>. Este mensaje, dirigido a los movimientos de ancianos y jubilados de Italia, continúa siendo tan vigente hoy como entonces. La Iglesia en este sentido es muy clara, la vejez no puede entenderse únicamente como una edad de deterioro sino también como etapa de plenitud y que, por sobre todas las cosas, debe contribuir a la realización de la voluntad de Dios tanto al interior de la Iglesia como en la misma sociedad. “Los ancianos, en efecto, no deben ser considerados como un peso para la sociedad, sino como un recurso que puede contribuir a su bienestar [...] se trata, en fin, no sólo de hacer algo por los ancianos, sino de aceptar a estas personas como colaboradores responsables, con modalidades que lo hagan realmente posible, como agentes de proyectos compartidos, bien en fase de programación, de diálogo o de actuación”<sup>79</sup>.

Continuar citando documentos no aportaría novedades, y creemos que lo manejado en anteriores apartados permite entender claramente los fundamentos de esta aproximación de la Iglesia hacia la ancianidad.

---

<sup>77</sup> La acotación que realizó la persona entrevistada no reveló nada privado, ni tan siquiera tomó más de medio minuto, sin embargo nos ponía al tanto de muchas cosas.

<sup>78</sup> Consejo Pontificio para los laicos. “La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo”, I: “Introducción”.

<sup>79</sup> Juan Pablo II. “Carta al presidente de la II Asamblea mundial sobre el envejecimiento”.

Ya hemos señalado la ambigüedad del accionar de la Iglesia, con relación a sus orientaciones teóricas, en diferentes aspectos. Sobre éste en particular, nos parece importante realizar una breve observación. Se refiere a que si bien los documentos afirman a la vejez como sujeto activo, la práctica concreta cae en repetidas ocasiones en la consideración contraria. Se señala, con énfasis desde la propia Iglesia, como "las actividades previstas para la Tercera Edad son curiosamente concebidas por la Segunda Edad... [...] Como por un grupo incapaz de encontrar sus propios recursos se le hace una programación, quitándoles la posibilidad de participar activamente en este tiempo que es su único tesoro. Quitándoles la capacidad de decisión la segunda generación ayuda a que se cierre el círculo vicioso y se pone al hombre 'viejo' en el marco del indefenso y del incapaz"<sup>80</sup>. Como señala el texto el círculo vicioso se completa: se lo ve como inútil, se lo trata como inútil, el viejo vive como inútil.

Esto que acabamos de puntualizar no debe sorprendernos, ya que en la propia Iglesia montevideana no existe un criterio uniforme sobre cómo y por quiénes deben ser desarrolladas las actividades con la tercera edad, mientras algunos señalan que el principal papel en el desarrollo y planteamiento de actividades debería estar en manos de las generaciones más jóvenes otros creen que éstas corresponderían a los propios implicados, a los propios ancianos<sup>81</sup>.

Ahora bien, que existan divergencias entre lo teórico y lo práctico no debe ser visto necesariamente como un aspecto negativo –toda abstracción al hacerse carne sufre alguna modificación–, y tampoco debe ser conceptualizado como ineludiblemente nocivo el hecho que a nivel de la acción pastoral se presenten heterogeneidades; lo que si creemos, es que no se puede evitar (a)notarlo. Bien para depurar la crítica, bien para perfeccionar la obra.

## 7. Orientaciones para una Pastoral de la ancianidad.

La Iglesia en tanto que se percibe como continuadora del mensaje de Jesucristo también se percibe portadora de una misión encomendada por él, una misión que es de anuncio y construcción del Reino de Dios. Desde esta perspectiva se concibe a Jesús

---

<sup>80</sup> *Familia y Sociedad*, N° 78, pp. 29.

<sup>81</sup> Esta diferencia fue señalada en base a las posiciones mantenidas por los sacerdotes Bernardo Techera y Javier Galkona, en entrevistas realizadas en el marco del trabajo de Taller. Moreno, Martín. *Participación eclesial ¿tan sólo una cuestión de fe? La parroquia como equivalente funcional*.

como el Pastor de su iglesia (etimológicamente: asamblea, reunión<sup>82</sup>) y en tanto la comunidad de creyentes asume y realiza esta misión –encomendada, pero por sobre todas las cosas asumida por el mismo Jesús histórico– se hace partícipe de su acción pastoral. En este sentido debe entenderse a la Pastoral como la acción de la Iglesia (en tanto que comunidad de creyentes) en la sociedad, orientada al anuncio y construcción del Reino de Dios.

Esta generalidad encuentra en su hacerse carne, es decir al referirse a diferentes segmentos y esferas de la sociedad, su diferenciación y especificación. Así se puede hablar –al menos así lo hace la Iglesia– de Pastorales de la Familia, de la Juventud, de los Universitarios, de los Enfermos, y otras tantas... entre ellas la Pastoral de la Tercera Edad.

La necesidad de una Pastoral específica es, sin duda, el punto de mayor consenso en el discurso de la Iglesia sobre la tercera edad. Consenso entre los documentos, pero imperiosa necesidad en cada una de las Iglesias locales. Hoy, en Montevideo, el movimiento más importante en lo que refiere al trabajo con la ancianidad –"Vida Ascendente"– considera la creación de esta pastoral su prioridad y necesidad número uno. Su acción se enmarca actualmente dentro de la Pastoral de la Familia pero sus ingentes esfuerzos buscan alcanzar el desarrollo de una línea pastoral específica.

La Iglesia universal, por su parte, es consciente que la nueva realidad de la vejez a nivel mundial exige también nuevas maneras de dar cuenta de ella. Una nueva manera de acompañar al anciano en el mundo actual, por lo que se insta a sí misma a desarrollar una pastoral específica a partir de ciertos lineamientos generales.

Estos lineamientos–tareas de la Pastoral de la ancianidad son:

- a. *Formar agentes pastorales especializados.* Agentes especializados para tratar con la tercera edad; este lineamiento supone "la necesidad de formar sacerdotes, agentes y voluntarios –jóvenes adultos y los mismos ancianos– que, ricos en humanidad y en espiritualidad, tengan la capacidad de acercarse a las personas de la tercera y de la cuarta edad y de satisfacer expectativas, con frecuencia muy individualizadas, de orden humano, social, cultural y espiritual"<sup>83</sup>.
- b. *Encontrar instancias donde la actividad del anciano se haga relevante.* El supuesto de que el aporte del viejo es insustituible debe guiar la acción de esta pastoral, la tarea consiste en encontrar "lugares" para hacer o estos aportes

---

<sup>82</sup> *Ekklesia*, del griego *ek-kalein*, "llamar afuera", "convocar", "reunir". *Catecismo de la Iglesia Católica*, Párrafo 751, pp. 183.

<sup>83</sup> Consejo Pontificio para los laicos. "La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo". IV: "La Iglesia y los ancianos". Vale señalar que a nivel del movimiento "Vida Ascendente Uruguay" esta tarea viene siendo realizada con especial vocación y constante desarrollo.

efectivos. Las instancias que se enumeran pueden agruparse en tareas de apostolado, tareas al interior de la familia y por último las instancias de oración y contemplación.

- c. *Desarrollar la riqueza espiritual del anciano.* Partiendo de la convicción que hace a esta etapa vital un momento privilegiado para la trascendencia se propone estimular el desarrollo de la capacidad orante, contemplativa y de ofrecimiento (de la enfermedad y de su propia vida) de la tercera edad.
- d. *Promover el desarrollo de una espiritualidad específica para esta edad.* Dice Francisco Álvarez: "Las personas ancianas tienen la oportunidad de orar, meditar y crecer en la vida espiritual. Sin embargo 'frecuentemente no son animadas a desarrollar su espiritualidad por una escasa comprensión de sus problemas.'"<sup>84</sup>
- e. *Reafirmar el compromiso del anciano con la vida.* Este aspecto, que ya hemos tratado al referirnos a la muerte, y que es muy caro a los documentos papales y vaticanos, supone principalmente la negación de la eutanasia. La pastoral de la tercera edad y el anciano en particular tienen como tarea específica manifestar el "sentido" de la vida, defendiéndola contra cualquier atentado. Una puntualización sobre este punto es particularmente importante. La negación de la eutanasia por parte de la Iglesia no supone –como podría llegarse a pensar– la afirmación de su opuesto, es decir, la defensa de la prolongación de la vida a toda costa, este hecho es también blanco de las críticas bajo el título de "encarnizamiento terapéutico"; mientras que a la eutanasia (literalmente "buena muerte") la Iglesia la entiende como *cacotanasia* ("mala muerte"), al "encarnizamiento terapéutico" lo hace como *distanasia* ("trastorno de la muerte"). La postura ética propuesta por la Iglesia defiende la *ortotanasia* ("muerte correcta") como aquella muerte que dignifica al ser humano, la muerte natural, sin dolor pero con conciencia<sup>85</sup>.
- f. *Promover la integración y el envejecimiento activo del anciano.* La pastoral de la ancianidad debe orientarse a revalorizar el papel del anciano en la sociedad y en la propia Iglesia, pero además debe preparar al sujeto para la vejez. Debe revalorizarse la ancianidad no sólo a los ojos de la sociedad sino, por sobre todas las cosas, a los ojos de los propios ancianos. Vale recordar estas palabras, a fin de ejemplificar lo dicho: "Rectificar la actual imagen negativa de la vejez, es, pues, una tarea cultural y educativa que debe comprometer a todas las generaciones.

---

<sup>84</sup> Álvarez, Francisco. "El anciano en la Iglesia local", pp. 11.

<sup>85</sup> Franca, Omar. "El morir y la eutanasia desde una perspectiva católica".

Existe la posibilidad con los ancianos de hoy, de ayudarles a captar el sentido de la edad, a apreciar sus propios recursos y así superar la tentación del rechazo, del auto-aisamiento, de la resignación a un sentimiento de inutilidad, de la desesperación."<sup>86</sup>

### III. Resumen.

Habiendo dado cuenta de las principales características que articulan el acercamiento de la Iglesia Católica a la ancianidad, nos parece adecuado presentar un esquema de éstas, a manera de titulares –y luego de haber transitado algunas carillas juntos–, a fin de hacer más fácil y más rápido el acceso a éstas.

- ↻ La Iglesia entiende a la ancianidad como una etapa privilegiada, en base a la asociación que establece entre la vejez, el respeto que ésta merece y el don de consejo que supone en esta etapa vital.
- ↻ La ancianidad se constituye en etapa vital plena en tanto que la experiencia y la memoria del viejo se vuelquen al servicio de la comunidad a modo de testimonio cristiano de vida.
- ↻ El pasado se constituye como fuente fundamental, aunque no única, del valor de la ancianidad como etapa vital. La Iglesia, ya por el lugar que la vejez ha ocupado en las primitivas comunidades cristianas, ya por que el pasado acumulado constituye la base de la memoria y la experiencia del viejo, entiende a la tercera edad como particularmente valiosa.
- ↻ La avanzada edad no supone a la ancianidad como un sujeto pasivo de la acción de la Iglesia, sino que se entiende a esta etapa como necesariamente activa en tanto sus riquezas son beneficiosas tanto para la Iglesia como para la misma sociedad.
- ↻ El lugar de la muerte en la reflexión específica de la Iglesia acerca de la tercera edad ocupa un lugar relativamente marginal –marginal a nivel teórico y aún más a nivel práctico– y aparece esencialmente asociado a la negación de la eutanasia.
- ↻ Los carismas y riquezas de la ancianidad son:
  - a. Gratuidad.

---

<sup>86</sup> Consejo Pontificio para los laicos. "La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo", I: "El sentido y valor de la vejez".

- b. Memoria colectiva.
- c. Experiencia.
- d. Una visión más completa de la vida.
- e. Interdependencia.
  - Edad privilegiada para la trascendencia.
  - Compromiso con la vida.
  - Recuerdo del compromiso con los débiles por parte de la Iglesia.

➤ Imperiosa necesidad de una pastoral de la tercera edad articulada por los siguientes ejes:

- Formación de agentes pastorales especializados.
- Búsqueda de instancias donde la ancianidad se haga relevante.
- Desarrollo de la riqueza espiritual del anciano y de una espiritualidad específica para esta edad.
- Reafirmación del compromiso del anciano con la vida.
- Promoción de la integración y el envejecimiento del anciano.

Luego de esta primera instancia, exploratorio–descriptiva, nos proponemos orientar nuestros esfuerzos al análisis de algunos supuestos que guían el accionar de la Iglesia Católica y que tienen consecuencias que podemos considerar perversas con respecto a la tercera edad.

## Segundo movimiento

Plantaremos el enfoque crítico como eje central de esta segunda etapa de la investigación. Habiéndonos detenido, necesariamente, en las características que articulan la mirada de la Iglesia acerca de la ancianidad, dedicaremos las siguientes páginas a develar cómo la relación que establece la Iglesia con la tercera edad esconde algunos mecanismos que podríamos considerar perversos en lo que se refiere al problema de esta edad.

Pero vayamos y comencemos por el principio.

### I. La acción de la Iglesia como re-legitimadora de la pauta de exclusión.

#### 1. Un poco de historia.

Históricamente la ancianidad ha sido valorada de diferentes maneras, si bien puede señalarse –como se escucha repetidamente– que antiguamente el viejo ocupaba un lugar de relevancia en el entramado social, no se puede dejar de tener en cuenta que excluir a los viejos es, más allá de diferencias puntuales, una constante en la historia de la humanidad. “Esta marginación –dice Leopoldo Salvarezza– debe haber sido la primera conducta globalizada que tuvo la humanidad”<sup>87</sup>, o como nos señala Fericgla, en su muy interesante estudio, “el rechazo de la vejez se manifiesta de modo distinto según cada formación cultural, pero está siempre presente”<sup>88</sup>.

Hoy en día la identificación que la Iglesia veía entre vejez, respeto y sabiduría parece haberse roto. Hasta qué punto esto es así o no demandaría otra investigación, *for the argument sake* –como dicen los anglosajones– aceptaremos que *vox populi sea vox dei* y asumiremos este fenómeno como un hecho. Ahora bien, el lugar de la vejez no puede entenderse sin la referencia al desarrollo de la modernidad, sólo desde allí se encontrará la especificidad de la exclusión de la que son víctimas los ancianos hoy en día. Incluso si aceptáramos que siempre la ancianidad ha sufrido algún tipo de marginalización, lo propio de la que sufre actualmente está –a nuestro entender– intrínsecamente

---

<sup>87</sup> Material concedido por “Vida Ascendente”, a pie de página puede leerse: “Extracto de un escrito publicado en ‘Clarín’ sobre palabras del Prof. de Gerontología Dr. Leopoldo Salvarezza, de la cátedra de Psicología de 3ª edad, en la U.B.A.”.

<sup>88</sup> Fericgla, Joseph. *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, pp. 49.

relacionada con algunas selecciones que han operado como distintivas del desarrollo de la sociedad moderna occidental. Una, es la que particularmente nos ocupará.

Uno de los mayores logros de la modernidad ha sido, sin duda, transformar la categoría social de trabajo –en tanto que actividad productiva, y más específicamente, económicamente rentable– en una categoría valorada universalmente. El trabajo en tanto que actividad nunca fue bien visto por las sociedades premodernas, a modo de ejemplo basta recordar el papel que la contemplación juega en el desarrollo humano, ya sea para alcanzar la felicidad ya para acercarse más a la divinidad y salvar el alma, el trabajo en tanto que transformación de la naturaleza estaba destinado a las clases o estamentos inferiores. Es la modernidad la que viene a revertir esto, el trabajo se transforma en actividad que se considera positivamente. Marx, es quizá quien más lejos llegue en esta apreciación al entender al trabajo como aquello propia y específicamente humano. Vale recordar las palabras de la Ideología alemana:

Podemos distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por lo que se quiera. Pero el hombre mismo se diferencia de los animales a partir del momento en que empieza a producir sus medios de vida... Al producir sus medios de vida, el hombre produce indirectamente su propia vida material<sup>89</sup>.

La concepción marxiana, sin ser la primera ni la única, se torna ineludible a la hora de entender la transformación que produce la modernidad en relación con la noción de trabajo. Supone una concepción del hombre donde éste queda inexorablemente ligado al trabajo, a la actividad transformadora del mundo. Gilbert Hottois es consciente de la importancia y novedad que encierra esta mirada, donde el hombre se entiende como "un ser inacabado, es decir, llamado a devenir y a evolucionar, a transformarse al transformar materialmente las condiciones de su existencia. [...] La noción de trabajo, es decir, la reestructuración instrumentada (técnica) de las condiciones naturales de existencia insuficientes para satisfacer las necesidades humanas, es básica y *adquiere verdadera dignidad filosófica*"<sup>90</sup>.

Max Weber, aunque desde otra perspectiva, nos enseña lo mismo. El trabajo productivo ha encontrado su dignidad de la mano del cristianismo, en particular del

---

<sup>89</sup> Marx, Karl. "La ideología alemana" en *La cuestión judía (y otros escritos)*, pp. 150.

<sup>90</sup> El autor continúa diciendo: "Reconocimiento semejante era impensable en la tradición filosófica dominante desde Platón y Aristóteles, para la cual el trabajo es el destino de los subhumanos, en particular de los esclavos". Hottois, Gilbert. *Historia de la filosofía del Renacimiento a la Posmodernidad*, pp. 182–183. (Nota: El subrayado es mío).

protestantismo y específicamente de su veta calvinista, al incorporarse positivamente en la teoría de la predestinación<sup>91</sup>.

Es claro que la relevancia social de la categoría trabajo no es fruto del pensar socio-filosófico, sin embargo la legitimación que éste obtiene ya mediante la filosofía marxiana, ya la constatación weberiana –ya cualquier otra referencia que pueda traerse a colación–, hace que la dignidad del trabajo productivo se transforme en un supuesto que recorre a la modernidad toda, y que junto a su opuesto estructuren el mundo moderno. La modernidad encontrará en el trabajo una categoría central para pensarse a sí misma y a sus sujetos, y en la distinción entre lo productivo y lo no productivo la base para diferenciar aquello que es útil de aquello que no lo es.

## 2. La vejez como etapa liminal crónica.

El retiro del mundo productivo –en tanto que mundo valorado positivamente– supone el cambio en el lugar que el anciano ocupaba en la codificación útil/inútil. Supone el pasaje, definitivo, a la categoría social de "inútil", o más eufemísticamente a la de "pasivo". Supone en definitiva que el anciano deba hacer frente a un cambio de estado, abandonar su estado de adulto y entrar definitivamente a formar parte de la tercera edad, y ser viejo significa no tener un lugar, un papel a jugar.

La jubilación, momento definitorio para ser entendido como anciano, supone abandonar ciertas estructuras que supieron orientar la vida, supieron darle al anciano sentido, identidad, y una función social. Supone abandonar ciertas estructuras que limitaban pero protegían, para sumarse a algo que no pueda presentarse como equivalente, para sumarse a algo que no funda su fuerza en afirmación alguna sino más bien se entiende por la negativa, es decir como negación de la etapa anterior. Ser viejo significa "dejar de" muchísimas cosas para no encontrar nada a lo que sumarnos, en este sentido es que hablamos de la vejez como una etapa *liminal crónica*.

### a) De ritos de pasos y liminalidades.

Hagamos un poco más teórico el discurso.

Arnold Van Gennep en su libro "Ritos de paso", de 1909, introducía este término para referirse a los procesos sociales que permiten el pasaje de un *status* social a otro, es decir la transición entre estados distintos, entendiendo por estado a una "ubicación más o

---

<sup>91</sup> Cf. Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

menos estable y recurrente, culturalmente reconocida y que se produce en el seno de una determinada estructura social [...] que implica institucionalización o como mínimo perduración de grupos y relaciones"<sup>92</sup>. El rito de paso o pasaje se entiende entonces como una práctica social que no sólo desvincula al sujeto de un determinado estado social sino que, a su vez, garantiza la vinculación exitosa de ese sujeto a uno nuevo, a una nueva estructura; permitiendo salvar tanto a nivel social como personal una instancia siempre tan problemática como lo es el cambio.

Tres son las etapas a distinguir en todo rito de paso:

- 1) Separación o preliminar.
- 2) Marginal o liminal.
- 3) Reagregación o postliminal.

Tanto la primera etapa como la última refieren a estados estables y estructurados del entramado social, es decir a estados a los cuales les corresponden comportamientos y valores fuertemente estables y estandarizados. Tal es así que la segunda etapa, la conocida como *liminal*, se debe entender esencialmente como una fase interestructural pero ella misma desestructurada.

Esta segunda etapa que se entiende como la etapa del *umbral*, no pertenece a ninguna de las estructuras que liga, de hecho se afirma en oposición a éstas, "se trata de una concreción de lo que se ha descrito como una nihilización, un anonadamiento, una negativización de todo lo dado en el organigrama de lo social"<sup>93</sup>, un período que puede entenderse, al modo de Turner, como de "not longer / not yet"<sup>94</sup>. Un período en el que "el estado del sujeto del rito -o pasajero- es ambiguo, puesto que se le sorprende atravesando por un espacio en el que se encuentra muy pocos o ningún atributo, tanto del estado pasado como del venidero". Ya no es lo que era, pero todavía no es lo que será. Quienes están en ese umbral 'no son ni una cosa ni la otra; o tal vez son ambas al mismo tiempo; o quizá no están aquí ni allí; o incluso no están en ningún sitio [...], y están, en último término, entre y en mitad de todos los puntos reconocibles del espacio-tiempo de la clasificación estructural"<sup>95</sup>. Un ser liminal<sup>96</sup> no pertenece a ningún sitio, no lo enmarca ninguna estructura a la cual pueda asirse, no encuentra normas que refieran a

---

<sup>92</sup> Delgado, Manuel. "*El animal público*", pp. 102.

<sup>93</sup> Delgado, Manuel. "*El animal público*", pp. 106.

<sup>94</sup> Deflem, Mathieu. "Ritual, anti-structure and religion. A discuss of Victor Turner's processual symbolic analysis" en *Journal for the scientific study of religion*, pp.

<sup>95</sup> Delgado, Manuel. "*El animal público*", pp. 106.

<sup>96</sup> En tanto que liminal. Uno puede pertenecer a infinidad de estructuras aún vigentes sin que esta afirmación se vea socavada. Cf. Simmel, George. "El cruce de los círculos sociales".

su condición. Quizá, más aún, la no existencia de normas a partir de las cuales guiar su conducta, sobre las cuales fundar expectativas (tanto propias como extrañas), permite la existencia de varias normas y bases de expectativas... en definitiva por falta o sobreabundancia, la carencia de una norma privilegiada nos lleva a entender a esta etapa como anómica.

En resumen, lo *liminal* –en el marco del rito de paso– deberá ser entendido como el intersticio que se conforma en el pasaje de una estructura social a otra, un "no-lugar" que se afirma en oposición a las estructuras, que es desestructurado e interestructural, y que para quienes lo transitan supone un espacio de anomia desde donde la identidad no puede ser resuelta.

#### b) La jubilación: Anti-rito de paso y liminalidad crónica.

Ahora bien, ¿es acaso la jubilación un rito de paso? Si nuestra respuesta es afirmativa, debemos necesariamente abocarnos a realizar una serie de puntualizaciones a fin de relativizar nuestra aserción. Preferimos decir no, no es un rito de paso, de hecho constituye lo opuesto, para –igualmente– abocarnos a clarificar y, por qué no, relativizar este aserto también.

Un rito de paso, como hemos señalado, supone el abandono de un estado y la incorporación a otro, el pasaje de una instancia estructuradora a otra. Sin embargo la jubilación, como institución social que marca la incorporación a la ancianidad, "no comporta una posterior reintegración a la estructura social de forma culturalmente programada"<sup>97</sup>, de hecho supone la incorporación a una etapa vital socialmente determinada que no puede ser entendida positivamente. Y no lo puede ser pues se estructura no como afirmación de un nuevo estado, sino como negación del anterior –el viejo antes de ser viejo es la persona no apta, socialmente, para el mundo adulto<sup>98</sup>– y en consecuencia no es valorada positivamente pues supone la negación o ausencia de aquellas características que se catalogan como admirables en ese mundo que ha debido abandonar.

Aunque la jubilación suponga la primera etapa de todo rito de paso, y por sobre todas las cosas la segunda, debe entenderse como un rito de paso incompleto o en definitiva como un anti-rito de paso, pues ser viejo es ser nada, es una especie de *flatus*

---

<sup>97</sup> Fericgla, Joseph. *Envejecer: Una antropología de la ancianidad*, pp. 120.

<sup>98</sup> Nos referiremos a "mundo adulto" para indicar aquello que no es propio de la ancianidad, que está fuertemente asociado con las actividades anteriores a la jubilación y a los valores de la producción.

voci la cual adquiere contenido únicamente al entenderla como negación de lo adulto y principalmente como negación de la actividad productiva. La ancianidad queda entonces huérfana de estructuras, porque la negación no logra fundar un nuevo *status*, no logra desarrollar un lugar social a partir del cual pensarse a sí mismo y no logra dar al anciano una tarea específica que le permita establecer su identidad más allá de la oposición al adulto trabajador.

El anciano, al pasar por la jubilación, debe renunciar a la estructura que lo contiene para pasar a ser una *gente del umbral*, un ser sin identidad, un ser liminal, un ser en pasaje a ningún sitio, a ningún nuevo *status*. Y esto no cambia. Debe acostumbrarse a vivir con eso, encontrar la manera de sobrellevarlo... a la manera de una enfermedad con la que uno debe aprender a convivir, la *liminalidad* del viejo es *crónica*. Y el anciano responde de la única manera que sabe, con estructuras pasadas. Si el mundo del anciano se desestructura con la jubilación, lo estructurará con las estructuras que guiaban la vida con anterioridad a ésta, estructuras asociadas al trabajo, a la actividad, en definitiva a lo productivo. Y así también buscará enfrentar la sociedad el problema de la vejez, que no es otro que la falta de un espacio valorado para el anciano, y también así lo hará la Iglesia generando un problema si se quiere mayor, pero sobre esto volveremos más adelante.

La vejez, entonces, aparece como el lado oscuro de uno de los esquemas estructuradores de la Modernidad, es decir que mientras esta última encuentra en las distinciones productivo/improductivo, activo/inactivo, útil/inútil los esquemas sobre los cuales articula las observaciones del mundo, la vejez quedaría definida por el aspecto negativo de estas formas. La tentación es muy grande, y a simple vista inocua... la solución está en "saltar" nuevamente al lado de la forma que una vez se ocupó y recuperarse entonces –a los ojos del mundo– como un ser productivo, activo, útil y en definitiva valioso.

### 3. La actividad como fundamento de la vejez negativa.

#### a) Iglesia y teorías de la actividad.

El problema del envejecimiento a nivel mundial ha generado distintas formas de enfrentarlo, de lidiar con él. Entre estas diversas formas, dos son las más reconocidas y paradigmáticas: las *teorías de la actividad* y las *teorías del "disengagement"*. Ambas, debemos decirlo, intentan responder a la pregunta acerca de qué es lo que debe hacerse

para "envejecer bien", qué actitud es la que debe adoptar el anciano, y promover la sociedad, a fin de lograr la mejor adaptación del jubilado a su nueva etapa vital.

Comenzando por la última diremos, muy brevemente, que las teorías del "disengagement" piensan a la vejez como una edad donde el sujeto se desgaja del tejido social, reduciendo sus contactos sociales, limitando su participación, auto-marginándose; en definitiva desvinculándose tanto en lo que refiere a las interacciones como a los sentimientos, la ancianidad se entiende como edad donde el viejo sufre la desvinculación pero al hacerlo "se siente feliz y satisfecho", negarse a aceptar este proceso supone una mala adaptación al proceso de envejecimiento<sup>99</sup>.

Mientras tanto, las teorías de la actividad parten desde supuestos opuestos, en primer lugar reivindican la necesidad de encontrar actividades compensatorias a la actividad laboral ya abandonada (a modo de equivalente funcional), y en segundo suponen que "a mayor número de actividades asumidas por el anciano, mejor será su adaptación a la pérdida de sus obligaciones laborales normales"<sup>100</sup>. Éstas "parten de la hipótesis de que sólo es feliz, y se siente satisfecha la persona que es activa, que produce algún rendimiento y que es 'útil' a otras personas. En cambio, aquella que ya no es 'útil', que ya no desempeña 'función' alguna en la sociedad, se muestra desgraciada y descontenta"<sup>101</sup>. Su mejor síntesis la encuentra en su consigna "manténgase activo, manténgase joven"<sup>102</sup>.

Sin lugar a dudas las teorías del "disengagement" o de la desvinculación son mucho más antipáticas. Los supuestos que sustentan la mirada de las teorías de la actividad nos resultan casi intuitivos y naturales, por lo que la afinidad y la adhesión a ellos es en el mayor de los casos hasta inconsciente. A la Iglesia a nuestro entender, en su relación con la tercera edad, le sucede esto.

Esta última suposición constituye, en términos operativos, una hipótesis de nuestro trabajo; a fin de hacerla más evidente y explícita diremos que *la Iglesia se afilia a los supuestos que guían a las llamadas teorías de la actividad*. Y lo hace, consciente o inconscientemente, tanto a nivel teórico como a nivel práctico.

---

<sup>99</sup> Cf. Lehr, Úrsula. *Psicología de la senectud*, pp. 248–258; Barenys, María Pía. "El envejecimiento: aproximaciones teóricas" en *Revista de trabajo social*, Nº 131, pp. 21–22; Monedero, Carmelo. "Los aspectos personales y sociales", en *Psicología evolutiva del ciclo vital*.

<sup>100</sup> Barenys, María Pía. "El envejecimiento: aproximaciones teóricas" en *Revista de trabajo social*, Nº 131, pp. 20.

<sup>101</sup> Lehr, Úrsula. *Psicología de la senectud*, pp. 245.

<sup>102</sup> Monedero, Carmelo. "Los aspectos personales y sociales", en *Psicología evolutiva del ciclo vital*, pp. 576.

Debe puntualizarse que a nivel de documentos el énfasis recae más fuertemente en otros aspectos –anteriormente señalados– pero que igualmente se hace presente la conciencia del peso que tiene la actividad en la autodefinición del anciano; es decir, se hace presente la necesidad de encontrar equivalentes a las actividades laborales que otrora el anciano supo realizar, y desde éstos el anciano logra “mostrarse” y en consecuencia “entenderse” como aún “útil”, que no es otra cosa que encontrar-recuperar una imagen aún positiva de sí mismo. Sin embargo, esto no debe ser entendido como un acuerdo sustancial sobre los supuestos en cuestión, sino, por sobre todas las cosas, como una constatación de hecho por parte de la Iglesia y un actuar en consecuencia. Es decir, no es adecuado<sup>103</sup> considerar que la Iglesia asuma estos supuestos –creación de actividades compensatorias para ser útil y en consecuencia vivir (envejecer) mejor– desde su basamento filosófico sino que lo hace esencialmente desde una postura pragmática.

A modo de constatación en el documento en que la Iglesia más específicamente ha pensado sobre la tercera edad, titulado “La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo”, puede leerse:

La separación del mundo del trabajo y de todo lo relacionado con él se realiza hoy de forma brusca, poco flexible, y sólo muy raramente coincide con los tiempos y modalidades elegidos por las personas interesadas. Con frecuencia muchas de ellas, para compensar pensiones insuficientes o inexistentes, buscan luego, pero en vano, una ocupación. Es preciso satisfacer ese anhelo de seguridad, proporcionando a los ancianos oportunidades que les permitan permanecer activos, expresar su creatividad y desarrollar la dimensión espiritual de su vida.

Parece ya comprobado el hecho de que la jubilación obligatoria da comienzo a un proceso de envejecimiento precoz; mientras el desarrollo de una actividad posterior a la pensión produce un efecto benéfico en la calidad mismo de la vida. El tiempo libre de que disponen los ancianos es, pues, el principal recurso que se ha de tener en cuenta para volverles a dar un papel activo, promoviendo su acceso a las nuevas tecnologías, su compromiso en trabajos socialmente útiles y su apertura a experiencias de servicio y de voluntariado<sup>104</sup>.

Ya a nivel local puede traerse como ejemplo el peso que tiene el apostolado, el servicio a la comunidad, la entrega al otro (pero en la actividad), en la Iglesia local. En

---

<sup>103</sup> O al menos poder afirmar eso necesitaría otra investigación.

<sup>104</sup> Consejo Pontificio para los laicos. “La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo”, III: “Problema de los ancianos: Problemas de todos”.

particular, sobre este tema, es bueno tener en cuenta el caso del movimiento "Vida Ascendente", donde el apostolado se constituye en uno de los pilares<sup>105</sup> de su acción y de su valoración al interior de la Iglesia. Su acción es causa de orgullo y busca mostrar su valía "dando a quien lo necesite apoyo para sentirse útil y para ser, en definitiva, un espejo en el cual se miren las otras generaciones"<sup>106</sup>.

Muchas más son las actividades que pueden señalarse como equivalentes funcionales del trabajo y que proporcionan el sentimiento de ser útil a los ancianos dentro de la Iglesia, en definitiva toda acción propuesta en la Iglesia para con la tercera edad puede ser caracterizada de esta manera, en tanto algún anciano lo haga. Conscientemente o no las actividades que la Iglesia propicia a su interior –y que los ancianos desarrollan– permiten que se entienda a éstos como útiles, que se entiendan ellos mismos como útiles y que logren una mejor adaptación a su (¿nueva?) etapa vital: reforzando de esta manera la asociación entre lo "útil" con lo activo. Aquí ya pasamos a otro tema.

#### b) Estructurando mal lo desestructurado.

Terminamos el anterior apartado diciendo que cuando el anciano encuentra una actividad compensatoria a las actividades que lo ocupaban antes de la jubilación, es decir a las actividades laborales, se adapta mejor a su nuevo lugar social –o mejor dicho no-lugar social– en tanto es entendido por la sociedad y por el mismo como alguien útil. Esta fórmula, tan cara a las teorías de la actividad, implica reforzar las pautas de exclusión del anciano. Hipotetizamos y nos explicamos.

A modo de segunda hipótesis reformularemos lo anterior diciendo que *la aplicación de las teorías de la actividad refuerzan las distinciones y las asociaciones que llevan a la exclusión de la tercera edad en la sociedad moderna.*

Hemos visto como la distinción entre lo productivo y lo improductivo funciona como la pauta que define a la ancianidad en la sociedad moderna. Es más, hemos también señalado como la asociación que se da entre lo productivo, lo activo y lo útil posiciona negativamente al viejo en la valoración social, en tanto éste queda definido por el otro lado de la forma, es decir como un ser improductivo, pasivo e inútil.

Retomemos algunas puntualizaciones anteriores para, así, continuar mejor.

---

<sup>105</sup> Los pilares sobre los que se articula este movimiento son: la amistad, la espiritualidad y el apostolado.

<sup>106</sup> Extraído del folleto de presentación del "Movimiento Vida Ascendente Uruguay".

La vejez no puede ser entendida como una estructura, es más su relevancia como fuerza estructuradora del pensar-actuar de los ancianos no la obtiene de sí misma sino como reflejo, negativo, de estructuras precedentes. La tercera edad encuentra su afirmación únicamente en la negación de las características asociadas al trabajo, que como ya hemos señalado son –entre otras– la productividad, la actividad y la utilidad social. En definitiva esto significa entender a la ancianidad como una etapa de *liminalidad crónica*, entenderla como momento esencialmente desestructurado y también desestructurante.

Recordemos algunas palabras de Fericgla a fin de hacer más claro esto:

De la misma manera que del rol laboral deriva el estatus individual y familiar, la ausencia del rol por jubilación, paro u otros motivos se traduce automáticamente en un estado de estigmatización social y de liminoridad respecto a la trama social. En este sentido, el hecho de la *estigmatización social* debe estudiarse como categoría social [...] que se caracteriza principalmente como por un deterioro de la identidad social. Por otra parte, la liminoridad a la que conduce la jubilación deja de pertenecer a una categoría social definida en términos positivos a partir de su rol laboral [...], rol del que deriva un estatus social, unos elementos de identidad, etc. y pasa a ser un miembro de un segmento de la colectividad –los jubilados– que actualmente no tiene una identidad positiva ni un *ethos* que lo organice, ni un lugar definido dentro de la red social. [...] ... la desvinculación laboral motivada por la edad desemboca en un estado liminar irreversible, y las personas deben amoldarse progresivamente a funcionar fuera de la trama vital que los valores laborales han impuesto durante los dos tercios anteriores de su vida.<sup>107</sup>

La relevancia del trabajo en la estructuración vital del anciano, y también de la propia sociedad<sup>108</sup>, es central a la hora de entender la marginación y estigmatización de esta edad, pero es esencial también a la hora de entender las respuestas que surgen a fin de enfrentar esta situación de liminalidad crónica, tanto por parte del anciano como por parte de la misma sociedad. Y allí está el problema, pues se responde con aquello que se conoce, con aquello que una vez sirvió como estructura dadora de seguridad, con aquello que en definitiva es cimiento de la exclusión a la que se ve sometido el anciano. Pero vayamos más lentamente.

---

<sup>107</sup> Fericgla, Joseph. *Envejecer: Una antropología de la ancianidad*, pp. 140.

<sup>108</sup> Aunque se debe tener en cuenta algunas "relativizaciones" a esta afirmación, éstas no parecen ser relevantes para el caso del anciano en tanto ha sido socializado, y más aún ha vivido, en una época donde el peso del trabajo para la definición de la propia vida era incuestionable. Cf. Offe, Claus. *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*.

Las respuestas que ensayan las teorías de la actividad a fin de mejorar la adaptación del anciano a la ancianidad pasan, como ya lo hemos señalado –y además su nombre lo indica–, por la reincorporación de la tercera edad a la actividad y así, a partir de ésta, recuperar un lugar positivo ante la sociedad (y ante sí mismo). Proponen la actividad, pero no lo hacen de manera aislada sino que la proponen tal como hace la misma modernidad, es decir asociada con lo productivo y más aún con la utilidad. El anciano debe volver a ser activo para ser entendido, nuevamente, como útil y entonces así ser valorado positivamente. Es decir, el viejo debe ser activo para no llegar nunca a "viejo", recordemos la consigna "manténgase activo, manténgase joven".

Asumir las teorías de la actividad supone decir sí a la actividad, pero junto con ésta supone decir sí también a la asociación que implica, y ésta es la asociación que define y le da contenido –negativo– a la vejez. Las políticas basadas en estas teorías, por más loables que sean, no hacen más que fundarse sobre las distinciones y asociaciones que hacen de la vejez un estigma social. Proponer que la ancianidad deba encontrar una actividad para así envejecer bien, supone la adopción de la vejez como el lado negativo de lo productivo y lo útil, y más aún supone validar esta visión.

#### c) Validando la exclusión

Escapar a la exclusión sobre el mismo esquema que la hace posible, si es bien factible a nivel individual, asegura la reproducción de la exclusión. Uno puede dejar de ser pobre pasando al otro lado del código estructurador del sistema económico, tener/no tener, pero hasta ahí no ha solucionado un ápice del problema de la pobreza, es más ha reafirmado la fuerza de este código y en consecuencia ha asegurado la reproducción social de ésta.

Si dirigimos nuestra mirada a las bases de estas teorías podemos decir que envejecer es el pasaje de una primera etapa, que podemos denominar pre-jubilatoria, donde el sujeto pertenece al mundo laboral y que en consecuencia es entendido y se entiende como activo, productivo y útil, a una segunda, post-jubilatoria, donde el sujeto (ya "viejo") se entiende como la negación de su etapa anterior, es decir pasivo, improductivo e inútil. La solución a la pregunta acerca de cómo "envejecer bien" está, entonces, en el pasaje al lado positivo de estas distinciones a través de actividad.

En definitiva, según estas teorías, debería entenderse el proceso del buen envejecimiento mediante estas tres etapas:

- 1) Pre-jubilatoria. (Aún se pertenece al mundo laboral)

- 2) Post-jubilatoria (sin actividad).
- 3) Post-jubilatoria con actividad. (Asegura la adecuada adaptación a la jubilación).

En resumen, las teorías de la actividad actúan de acuerdo a la lógica y supuestos que niegan a la ancianidad un lugar socialmente valorado, y al "salvar" a los viejos de tan oprobioso destino validan, refuerzan y aseguran la reproducción de los esquemas y asociaciones que dan lugar a la vejez como etapa vital negativa.

d) Legitimación perversa de una vejez negativa.

Como hemos señalado las pautas de exclusión encuentran en la defensa de la actividad un gran aliado. Sin embargo esto no debe llevarnos entender necesariamente a las teorías de la actividad como perspectivas conscientes *pro statu quo*, en primer lugar porque la experiencia nos indica que las teorías de la actividad son –en relación con las mencionadas teorías del *disengagement*– tomadas por un sinnúmero de organizaciones de las cuales muchas pueden ser catalogadas como conservadoras mientras que otras tantas no. Y en segundo lugar porque muchas veces, más allá de nuestra voluntad, las consecuencias de nuestras acciones –en el sentido más amplio del término– no son, ya a nivel personal ya a nivel global, tal cual las hemos planeado.

Hablaremos, en relación a esto último, de la existencia de un *feedback positivo*<sup>109</sup> en lo que refiere a la relación entre los esquemas y las asociaciones que fundan a la vejez negativa, y las teorías de la actividad y sus supuestos. Esto implica el refuerzo recíproco por el operar del otro en ambas instancias a la hora de reproducirse. Supone por un lado que la aplicación de las teorías de la actividad reproduce la fuerza de los esquemas y asociaciones, es decir el poder de exclusión con respecto a la tercera edad de éstos; y por otro lado estos esquemas y asociaciones, reforzados por las mismas teorías de la actividad, refuerzan la fuerza de los supuestos de estas perspectivas teóricas. Es decir, que no sólo estas teorías refuerzan las pautas fundadoras de la vejez negativa, sino que las mismas pautas reproducen la mirada de las teorías de la actividad... a modo de una profecía auto-cumplida, de una causalidad circular o de un círculo vicioso, las teorías de la actividad se muestran cada vez más eficaces y ciertas.

---

<sup>109</sup> Cf. Barel, Yves. *La ciudad medieval. Sistema social-Sistema urbano*. Luhmann, Niklas. *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*.

Esta especie de legitimación perversa de las teorías de la actividad sobre las pautas de exclusión, encuentra su arista más siniestra en los propios ancianos, en el reforzamiento de la asociación entre lo productivo, lo activo y lo útil, y en la identificación de la vejez con una etapa improductiva, pasiva e inútil de la cual nada bueno puede esperarse.

Somos conscientes que no es la teoría de la actividad la responsable de la existencia de la asociación y de la visión negativa de la vejez entre los propios viejos. sin embargo no debemos dejar de señalar que reproducir las pautas de exclusión, al optar por la actividad como modo de transitar "buenamente" esta etapa vital, supone reforzar también las pautas de auto-exclusión de los sujetos de la tercera edad.

Como señala Bourdieu, al referirse a la incorporación de los esquemas de los dominadores en los dominados:

Todo poder admite una dimensión simbólica: debe obtener de los dominados una forma de adhesión que no descansa en la decisión deliberada de una conciencia ilustrada sino en la sumisión inmediata y prerreflexiva de los cuerpos socializados. Los dominados aplican a todo, en particular a las relaciones de poder en las que se hallan inmersos, a las personas a través de las cuales esas relaciones se llevan a efecto y por tanto también a ellos mismos, esquemas de pensamiento impensados que, al ser fruto de la incorporación de esas relaciones de poder bajo la forma mutada de un conjunto de pares de opuestas (alto/bajo, grande/pequeño, etc.) que funcionan como categorías de percepción, construyen esas relaciones de poder desde el mismo punto de vista de los que afirman su dominio, haciéndolas aparecer como naturales. Así, por ejemplo, cada vez que un dominado emplea para juzgarse una de las categorías constitutivas de la taxonomía dominante (por ejemplo, estridente/serio, distinguido/vulgar, único/común), adopta, sin saberlo, el punto de vista dominante, al adoptar para evaluarse la lógica del prejuicio desfavorable.<sup>110</sup>

e) Vejez negativa y Vejez negada.

Hemos visto cómo las teorías de la actividad toman su fuerza de la asociación entre lo improductivo, lo pasivo y lo inútil, a la vez que ayudan a reforzar esta misma asociación. A fin de alcanzar una mejor síntesis diremos que las teorías de la actividad se hacen fuertes a la luz de la *vejez negativa* a la vez que la reproducen.

Recapitemos a fin de avanzar más claramente. Ya señalamos a la ancianidad como una etapa vital que no puede entenderse *positivamente*, hemos intentamos dar cuenta de este fenómeno de la mano de la categoría de *liminalidad crónica*. Ser viejo

---

<sup>110</sup> Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*, pp. 9.

únicamente puede entenderse como no ser apto para el mundo adulto, lo que significa – en relación a las distinciones que hasta aquí venimos utilizando– identificar a la ancianidad con el lado negativo de las formas productivo/improductivo, activo/pasivo, útil/inútil. Por otro lado tampoco puede entenderse a la vejez positivamente desde un punto de vista valorativo, ser viejo ya es condición suficiente para ser *desestimado*, condición que se mantiene siempre y cuando uno no logre presentarse como *no-viejo*<sup>111</sup>.

En resumen, la ancianidad es definicional (en tanto que carente de atributos positivos y *lado negativo de la forma*) y valorativamente (en tanto que etapa vital no estimada) la *vejez negativa*; y esta *vejez negativa* es, en última instancia, la gran protagonista de estas reflexiones en tanto que desde ella los viejos son excluidos, desde ella las teorías de la actividad se fundan y es ella reforzada por el accionar de estas teorías, lo que permite reproducir el círculo (vicioso).

Hasta aquí nada nuevo, simplemente sistematización de aspectos que han aparecido desperdigados a lo largo del trabajo.

Ahora bien, podemos ir aún más lejos y presentar una pequeña y breve reflexión acerca –no ya de las teorías de la actividad y la *vejez negativa* sino– de la relación entre las teorías de la actividad y la *vejez negada* o *negación de la vejez*.

Al proponer a la actividad como forma de “vencer” a la vejez, las teorías de la actividad nos plantean un problema extremadamente complejo y sensible a la hora de entender la situación de la tercera edad. La actividad se constituye, ya hemos visto, en la herramienta que logra posicionar positivamente al viejo frente a los esquemas analizados anteriormente, es la actividad aquello que lo hace valer, aquello que le permite saltar al otro lado de la forma productivo/improductivo, activo/pasivo, útil/inútil... y estar en ese lado le permite envejecer “buena y felizmente”. Ahora bien, el lado positivo de estas distinciones –ya lo hemos analizado– no es lo constitutivo del ser anciano, sino que muy por el contrario esta etapa vital queda definida por el lado negativo y el lado positivo bien puede entenderse como aquello que es propio del mundo adulto o al menos del mundo no-anciano. ¿Qué supone entonces esta propuesta de volver a ser “adulto” (no-viejo) para la ancianidad?

Por sobre todas las cosas, supone la negación de la vejez en cuanto que etapa vital específica. La ancianidad, para las teorías de la actividad, constituiría una especie de *continuo* con la adultez que únicamente vendría a ser quebrado por la arbitrariedad y artificialidad de la jubilación, es decir por aquella institución que transporta al adulto al nuevo mundo de la vejez, del lado positivo al lado negativo de los esquemas de

---

<sup>111</sup> Es decir en tanto que uno logre “saltar” al otro lado de los esquemas mencionados.

observación ya estudiados. La vejez nunca podría quedar definida por la positiva, es decir como afirmación de algo, en tanto no es diferente a otras etapas vitales, no tiene especificidad. La tercera edad no puede reclamar para sí un lugar social propio, un lugar diferente y reservado para el anciano. El viejo no es más que un adulto al que la jubilación ha convertido en no apto. Sin embargo la jubilación sigue allí y la necesidad de responder a todo anciano –“¿cómo envejecer bienamente?”– es imperiosa, la respuesta (de las teorías de la actividad y de aquellos que aceptan su pertinencia) ya la conocemos.

Esta negación de la especificidad de la ancianidad, en tanto que etapa vital cualitativamente diferente, lleva a la negación de la propia vejez, ser viejo es un oprobio del cual es necesario escapar y la manera de hacerlo es mostrándose aún joven, aún esplendoroso, aún *activo-útil-productivo*. A este doble movimiento de negación de la especificidad de la vejez y de negación de los rasgos característicos (negativos) de ser viejo es lo que entendemos bajo la idea de la vejez negada.

En relación al pensar-hacer de la Iglesia con respecto a la tercera edad, la vejez negada o negación de la vejez juega –a nuestro parecer– un papel por demás importante en la no formulación por parte de la Iglesia de una misión o unos carismas específicos para la ancianidad, impidiéndole de esta manera escapar ya a la omnipresente referencia al pasado ya a las teorías de la actividad y sus perversos efectos estructurales<sup>112</sup> en la exclusión del anciano.

#### 4. Iglesia, teorías de la actividad y Carisma.

La vinculación que hemos establecido entre la Iglesia y las teorías de la actividad supone la complicidad de ésta en la reproducción de la vejez negativa. Ahora bien, como ya hemos señalado al referirnos a estas teorías, creemos necesario puntualizar que la adopción de éstas muchas veces es inconsciente: es decir, no sólo no se es consciente de los efectos perversos de estas teorías (las cuales intentando dar respuestas a la ancianidad aseguran la reproducción de la vejez como etapa vital excluida) sino que la adopción de sus supuestos se realiza inconscientemente, es decir de hecho.

Mucho de esto puede deberse al carácter intuitivo y casi natural de sus supuestos, sin embargo a la hora de entender la afiliación de la Iglesia a las teorías de la actividad, incluso sea “de hecho”, no conviene dejar de lado la importancia que puede tener la

---

<sup>112</sup> Cabe destacar, otra vez, que los efectos son considerados perversos (en tanto reproducen y reafirman aquello contra lo que se revelan) pero no pueden dejar de señalarse los logros de las teorías de la actividad a nivel individual y desde un punto de vista pragmático.

falta de un pensamiento sistemático, profundo y *aggiornado* acerca de la tercera edad. Reflexionemos juntos.

Ya hemos visto como la mirada de la Iglesia acerca de la ancianidad se funda en el pasado, ya del propio anciano ya de la vejez en la Iglesia misma, y como a partir de allí la tercera edad obtiene su dignidad y su misión. Esta visión arcaica de la vejez ha sido denunciada ya, porque o bien es una visión obsoleta que sólo se presta a la burla<sup>113</sup> pues el pasado del viejo ya no es actualizable<sup>114</sup>, o bien porque el presente y el futuro del anciano se convierten únicamente en actualizar este pasado.

En definitiva la Iglesia se enfrenta al problema de la tercera edad sin un arsenal teórico suficiente. La vejez viene definida, como ya vimos, negativamente –tanto en lo valorativo como en su definición– y los ancianos incorporan esa definición objetiva a sus subjetividades, a sus *habitus* diría Bourdieu: ante esto la Iglesia únicamente puede oponer la vejez definida en función del pasado... finalmente, y pragmáticamente, actúa y su acción puede observarse según los supuestos de las teorías de la actividad. Luego ya es historia conocida.

A modo de digresión, y como propuesta no-articulada, nos parece adecuado postular que la Iglesia debe pensar y re-pensar el ser viejo: existe –por parte de la Iglesia– la imperiosa necesidad de evitar el silencio y, por otro lado, desarrollar una mirada a la ancianidad que suponga Carismas y una Misión del anciano más elaborada, en tanto la actual se presenta como anacrónica y niega al anciano su presente y su futuro. Sólo esto le permitirá a la Iglesia dar una respuesta estructural a un problema estructural.

Por último, y a modo de cierre sobre este punto, me parece importante realizar dos aclaraciones que son centrales. La primera, debe entenderse que con lo presentado hasta aquí no se está negando –ni mucho menos– el gran valor de las acciones basadas en las teorías de la actividad, parece innegable el valor pragmático de sus acciones. lo único que se intenta hacer es relativizar este éxito, es decir relativizar los logros pragmáticos en pos de una mayor conciencia del problema del envejecimiento en tanto que problema estructural, y que como tal no puede resolverse con acciones

---

<sup>113</sup> Riesman dice: "Si a mano viene, sólo se considera a los abuelos como un ejemplo vivo de cuán poco puede aprenderse de nuestros mayores acerca de las cosas que de verdad interesan". Lehr, Úrsula. *Psicología de la senectud*, pp. 246.

<sup>114</sup> "Debido a la aparición de la llamada 'nivelación de generaciones', a la vejez no se le reconoce 'un importante caudal de experiencia', tan altamente apreciado en épocas anteriores y gracias al cual el sujeto de mayor edad se podía orientar y conducir con mayor seguridad". Lehr, Úrsula. *Psicología de la senectud*, pp. 246.

bienintencionadas... en definitiva. "de buenas intenciones está empedrado el camino al infierno".

En la segunda, señalaremos que nuestra intención en ningún momento es criticar con espurias intenciones, si es nuestro interés criticar por criticar pero sólo a efectos de hacer presente aquello que se encontraba oculto. La modernidad nos ha hecho responsables incluso de aquello de lo que en un principio no somos conscientes impulsándonos del peligro al riesgo<sup>115</sup>, y hacernos conscientes de las consecuencias no previstas de nuestras acciones ha sido el espíritu de esta primera etapa. Como señala Luhmann: "Sin duda no se puede ver lo que no se ve, pero quizás al menos se pueda ver que no se ve lo que no se ve"<sup>116</sup>.

En última instancia hacernos cargo de nuestros actos siempre es señal de valentía.

---

<sup>115</sup> Luhmann, Niklas. *Sociología del riesgo*.

<sup>116</sup> Luhmann, Niklas. "Racionalidad europea" en *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*, pp. 79.

## II. Iglesia, vejez y ciudad.

En este segundo momento nos planteamos reflexionar acerca de la relación entre Iglesia y tercera edad en el contexto urbano, y lo hacemos pues consideramos –junto con otros tantos– que uno de los principales límites a los que se enfrenta la acción de la Iglesia es la ciudad misma.

Proponemos ir desvelando cómo y por qué no sólo la relación de la Iglesia con lo urbano es especialmente problemática, sino cómo esta misma relación se hace mucho más difícil, y quizá perversa, a la luz (sombra) de la edad.

### 1. Iglesia: Una visión arcaico-rural de la ciudad y de sí misma.

*El amor de Dios me habla en los  
pájaros y los arroyos; pero también,  
detrás del clamor de la ciudad...*

*Thomas Merton*<sup>117</sup>

La acusación repetida y oída infinidad de veces acerca de que la Iglesia vive en otra época y que necesita un *aggiornamento* es moneda corriente, de hecho sea cual sea el tema al cual se refiera, la acusación es siempre la misma. Valdría señalar, aunque no profundizar, que esta distancia se podría considerar casi insalvable en términos filosóficos en tanto los paradigmas que sustentan las visiones de la Iglesia y los de este presente de modernidad tardía o posmodernidad son diferentes (y ya sabemos lo que dice Kuhn acerca del entendimiento entre diferentes paradigmas)... podríamos decir que el pensamiento postmetafísico y relativista no le sienta muy bien a la Iglesia.

Ahora bien, cuando esta acusación se hace acerca de la falta de cercanía entre la Iglesia y la ciudad parece ser una acusación que adquiere especial fuerza al nacer, en algunos casos, del interior de la misma Iglesia. Repasemos algunos de los puntos centrales de esta crítica, es decir algunas de las características que definen a la visión de la Iglesia como tradicional y rural frente a una cultura moderna y urbana.

Una puntualización se hace necesaria a fin de evitar pronos encontronazos y malentendidos. La ciudad a la que nos referimos –y referiremos– en este apartado no engloba, no es, todo aquello que alguna vez pudimos llamar ciudad, o lo que la historia

---

<sup>117</sup> Randle, Guillermo. *Hombrés en el damero*, pp. 11.

ha denominado (muy correctamente por su parte) ciudad. *Nuestra* ciudad, de la que daremos cuenta en tanto que en relación con la Iglesia y también con la ancianidad, es la moderna, aquella que se entiende a sí misma como causa y efecto de su reproducción ampliada, aquella que se desarrolla de la mano del capitalismo y que se va configurando junto con éste y que alcanza cierta forma específica en la actualidad. Proponemos una mirada de la Iglesia en la ciudad actual, sin olvidar que es imposible negar, en la historia de la Iglesia y en el desarrollo de ésta, el lugar por demás significativo que el mundo urbano ha jugado en su constitución; la Iglesia primitiva se afianza y encuentra mayor eco –no ya la primera comunidad cristiana, sino las primeras “evangelizaciones”– en las ciudades, en el mundo urbano, constituyendo a lo urbano como signo de identidad de lo específicamente cristiano, en tanto alcanza a definir “al otro” como pagano, literalmente “el del pago”, el rural. Sepamos eso entonces, nuestra mirada es sobre la ciudad moderna y actual, sin negar –en ningún momento– el peso que ha tenido y aún tiene lo urbano como eje relevante a la hora de entender algunos aspectos de la historia y el presente del catolicismo.

La Iglesia vive en la ciudad, lo que no logra es rescatar algo de ella.

Sabemos que la religión encuentra en su oposición al mundo uno de sus elementos identitarios más importantes<sup>118</sup>, ahora bien acerca de la Iglesia podemos decir que no sólo se opone a los valores sino que más aún propone la vida a partir de interacciones casi impracticables a nivel urbano.

Muchos de los valores de la ciudad, es decir aquello que es estimado en el ser en la ciudad, son señalados por la Iglesia –incluso por algunos documentos que son críticos acerca de la relación que ésta establece con la urbe– como anti-valores. De hecho, la mayoría de los valores urbanos son anti-valores a los ojos de la Iglesia<sup>119</sup>, en definitiva, se podría decir que la ciudad como generadora de valores es bastante “mala”. Si bien es lógico que la Iglesia se oponga a los valores del mundo<sup>120</sup>, como señala Guillermo Randle,

---

<sup>118</sup> Esta oposición se puede distinguir en “abierta”, como es el caso de las sectas, o “pacífica”, tal cual las Iglesias, aunque la oposición siempre está. Cf. Milanesi, J. Capítulo III: “Los procesos de institucionalización religiosa” en *Los procesos generales sobre el proceso de institucionalización*.

<sup>119</sup> González Dorado, Antonio. “Una Iglesia más evangelizadora en las grandes ciudades de América Latina”, pp. 49.

<sup>120</sup> Esta es una característica distintiva de la religión en la visión de Milanesi, aunque puedan establecerse infinidad de gradaciones sobre esta oposición. “Es inevitable, pues, que la Iglesia, en la investigación de una estructura propia de grupo, tenga que hacer confrontaciones con las estructuras institucionales existentes en el ambiente que las circunda. [...] No se trata de una aceptación servil de aquéllas, sino más bien de una lenta y crítica asimilación de modelos profanos; en realidad, al comienzo el grupo religioso tiende a afirmar su absoluta novedad y niega polémicamente todo el orden social en el que se encuentra, acusándolo de ‘estructura de pecado’: sólo después se reconocen al orden social algunas notas positivas

ésta ha sido una actitud que ha dominado gran parte de la historia de la Iglesia marginándola así del mundo urbano. Es "el rechazo de la vida urbana como un modo de existencia valadero, y por otra parte, el repliegue sobre la institución parroquial"<sup>121</sup> lo que ha caracterizado a esta relación.

La parroquia por su parte, como organización con un rol particularmente importante en el ser de la Iglesia en la ciudad, no hace más que reforzar lo señalado por Randle anteriormente, aunque de una manera diferente. La parroquia se constituye en una especie de creación artificial de una comunidad de tipo rural en el medio urbano<sup>122</sup>, en una especie de comunidad –una idea tan cara a los cristianos– basada en relaciones primarias, contactos cálidos, francos y por sobre todo unidos por una cosmovisión compartida<sup>123</sup>, que se constituye en ideal de vida. Es decir, vivir cristianamente tendrá su modelo más empírico en la vida de parroquia, en la comunidad y en los valores sobre los que ésta se funda, que –como veremos más adelante, al detenernos, en lo propiamente urbano– difícilmente puedan fundar la vida cotidiana a nivel de la ciudad. Sobre este punto retornaremos, al referirnos específicamente a la manera cómo la tercera edad se ve afectada por este tipo de observación.

Otro aspecto ilustrativo con respecto a esta relación, lo constituyen las estructuras pastorales de la Iglesia, más preparadas (pensadas) para un ámbito rural que para una ciudad. "La Iglesia había creado sus fórmulas pastorales para unas ciudades cualificadas por su sedentarismo y emplazadas en áreas casi dominables peatonalmente"<sup>124</sup>, de tal manera que la movilidad que caracteriza a las sociedades urbanas y modernas trae consigo problemas a los que la Iglesia da en cierto modo la espalda (a pesar de que se han registrado algunos cambios). En este sentido se señala la necesidad de deslocalizar los movimientos pastorales, es decir desanclar –como señala Giddens– a estos movimientos de las características locales y particulares a fin de que la identidad y pertenencia a ellos no quede determinada por estas características, y de esta manera se atienda a la constante movilidad que estructura lo urbano.

"En muchos casos éstas [las estructuras pastorales] corresponden bien poco a la mentalidad urbana, ya por su falta de organización, ya por su carácter vetusto y su base

---

[...]. Cf. Milanesi, J. Capítulo III: "Los procesos de institucionalización religiosa" en *Los procesos generales sobre el proceso de institucionalización*.

<sup>121</sup> Randle, Guillermo. *Hombres en el damero*, pp. 67.

<sup>122</sup> Randle, Guillermo. *Hombres en el damero*, pp. 68.

<sup>123</sup> Delgado, Manuel. "El animal público", pp. 25.

<sup>124</sup> González Dorado, Antonio. "Una Iglesia más evangelizadora en las grandes ciudades de América Latina" en *Pastoral de la metrópoli*, pp. 25.

sicológica y sociológica de tipo rural. ...un clero que condena la ciudad porque encuentra dificultades no podrá asumir verdaderamente los valores urbanos"<sup>125</sup>.

Otra característica de la estructura pastoral de la Iglesia, y una característica general de ésta si se quiere, es su constante referencia al pasado, es decir la experiencia ya realizada. La respuesta a lo urbano, caracterizado esencialmente por la novedad, por lo azaroso y lo a-lógico, no es acorde a éste. "La actitud retrospectiva debe ser complementada o reemplazada por una actitud prospectiva"<sup>126</sup>, es decir la Iglesia debe desarrollar la capacidad de orientarse hacia el futuro a fin de poder dar cuenta de la mayor complejidad de su entorno; el cambio es vertiginoso y el pasado no puede seguirle el ritmo. Se puede leer, de la mano de Hermógenes Castaño, "la planificación pastoral en general, pero la urbana en particular, exige una actitud muy clara: la capacidad de contemplar hechos y acontecimientos desde el punto de vista del futuro para actuar en el presente: una actitud y una orientación prospectivas"<sup>127</sup>.

En definitiva, como hemos visto, la Iglesia mantiene una relación de oposición –si bien pacífica– con lo urbano y lo hace de diferentes maneras:

- 1) Rechazando los valores urbanos como anti-valores.
- 2) Respondiendo a los fenómenos urbanos según una dinámica basada en el pasado, con lo cual no da cuenta de la complejidad de lo urbano en tanto que estructurado por la continua y veloz mudanza.
- 3) Proponiendo como modelo ideal de interacción a la comunidad, en oposición a las características del mundo urbano.

## 2. Lo urbano como lo liminal

En este apartado, que intenta presentar aquello que es específicamente urbano, seguiremos la conceptualización que realiza Manuel Delgado<sup>128</sup>.

Delgado no entiende a lo urbano como lo idéntico a la ciudad, para ser más preciso debe decirse que la ciudad no implica necesariamente a lo urbano ni lo urbano a la ciudad<sup>129</sup>. La implicancia no es necesaria aunque ambos fenómenos estén fuertemente

---

<sup>125</sup> Randle, Guillermo. *Hombres en el damero*, pp. 69.

<sup>126</sup> CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, pp. 77.

<sup>127</sup> CELAM, *Pastoral de la metrópoli*, pp. 77.

<sup>128</sup> Cf. Delgado, Manuel. *El animal público*. En particular el capítulo I: "Heterópolis: La experiencia de la complejidad", pp. 23–58.

<sup>129</sup> Idea ya presente en el célebre artículo de Louis Wirth. Cf. Wirth, Louis. "El urbanismo como modo de vida".

asociados. Si la ciudad puede ser entendida como el territorio, las construcciones estables, la heterogeneidad de población y una alta densidad de ésta, lo urbano está definido como una cultura, como la cultura que se desarrolla en el marco de la ciudad – aunque ya señalamos su no necesaria implicancia–.

Según la caracterización que Delgado realiza acerca de lo urbano, podemos decir que es contra esto la reacción y no adaptación de la Iglesia, y no contra la ciudad específicamente. Es lo urbano lo que genera los valores que la Iglesia considera anti-valores, es lo urbano –también– lo que se escapa, lo que no tiene lógica (y no tiene porque no la necesita o más aún su fuerza la adquiere desde su ser a-lógico), y por último es lo urbano aquello que se asienta sobre relaciones fugaces, impersonales, superficiales y que desdeña el territorio.

Para el autor, la ciudad es la estructura y lo urbano lo inestructurado, la ciudad es lo dominable y lo urbano lo salvaje, lo agreste y virgen... la potencia absoluta.

A fin de caracterizar lo urbano podemos leer:

La urbanidad consiste en esa reunión de extraños, unidos por la evitación, el anonimato y otras películas protectoras, expuestos, a la intemperie, y al mismo tiempo, a cubierto, camuflados, mimetizados, invisibles<sup>130</sup>.

Agregaremos que lo urbano es lo inestable, lo impredecible, lo complejo y lo entrópico de una ciudad, lo estructurado por la agitación y los equilibrios precarios, por las relaciones transitorias e impersonales, donde las interacciones se dan entre "desconocidos", donde los lazos son laxos, donde la protección de la propia identidad pasa por el ocultamiento, por la presentación de uno como "máscara", y como aquella instancia caracterizada por la falta de cuadrículas morales fuertes según las cuales dirigir la acción. Lo urbano se opone a la ciudad en tanto se instituye como no-lugar, se enfrenta al territorio y lo sobrepasa, es lo esencialmente u-tópico. Aunque también se enfrenta a esto, es lo no utópico también por esencia, pues no postula, ni propone –más bien niega– la posibilidad de la sociedad hiper-organizada, orgánica, tranquila y previsible.

Lo urbano es en definitiva aquello que ya hemos identificado como lo *liminal*, aquello que se enfrenta a la estructura pero de lo cual la estructura toma también su fuerza.

La Iglesia en definitiva, en tanto que estructura, y sistema –si vamos aún más lejos–, se enfrenta a lo propiamente urbano, a aquello que es puro caos, aunque no desorden. En

---

<sup>130</sup> Delgado, Manuel. "*El animal público*", pp. 33.

definitiva, la Iglesia no se adapta y sí se opone a lo no dominable de la ciudad. Una puntualización es necesaria hacer con respecto a esto último a efectos de no perder claridad, para la Iglesia todo aquello que no sea ella misma, es decir aquello que pueda identificar como parte de su entorno, es igualmente indominable e inentendible, sin embargo a lo urbano –a diferencia de otros sectores del entorno– no puede atribuírsele lógica alguna.

Entre las distinciones que un sistema puede realizar sobre su entorno la principal es la que distingue entre aquellos segmentos de éste que responden a una lógica propia, aunque no comprensible para el sistema, y el resto del entorno al cual no se le puede atribuir ninguna lógica subyacente<sup>131</sup>. Esta distinción, que debe ser entendida entre otros sistemas (en el entorno) y el mundo, llevada a nuestro problema supone entender a lo urbano como entorno y específicamente como "mundo" a los ojos de la Iglesia, e implica la necesidad de responder a, de organizar y manejar, la complejidad de lo urbano.

### 3. Complejidad y cambio.

La Iglesia ha desarrollado históricamente una manera de lidiar con su entorno que puede caracterizarse por la continua mirada al pasado, ya sea a través de textos esenciales ya sea por medio de la tradición. Esta forma de manejar la complejidad y la indeterminación del entorno, si bien ha sido criticada –incluso en este mismo trabajo por nosotros–, no puede negarse que le haya sido extremadamente eficaz... veinte años no serán nada, pero dos mil.

Hemos visto, a fin de ejemplificar lo dicho, como la Iglesia ha hecho uso del pasado para resolver el problema del lugar de la ancianidad, e intentaremos ver cómo el problema que le supone "ser" en la ciudad, es decir convivir con lo urbano, le impulsa a responder con la misma estrategia.

Lo urbano, dijimos, es lo liminal de la ciudad; y decimos de la ciudad porque más allá de la interesante distinción analítica entre la ciudad y lo urbano, a los efectos del problema planteado, "ser" en la ciudad es enfrentarse a lo urbano y viceversa. Pues bien, lo urbano enfrenta a la Iglesia a una indeterminación indeterminada. Indeterminación en tanto que entorno del sistema, e indeterminada en tanto que entorno no sistémico cargado de liminalidad, por lo tanto inestructurado.

Esta característica supone para todo sistema, incluso para la misma ciudad, tener que lidiar con ella, para la Iglesia en particular supone transformar esa indeterminación

---

<sup>131</sup> Luhmann, Niklas. *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, pp. 176.

indeterminada en determinación, y lo realiza mediante el uso de su conocido aliado: el pasado. Y veremos cómo.

Lo urbano en tanto que producto de la modernidad –señala Delgado– debe entenderse en oposición a su cultura predecesora, es decir a lo tradicional y a lo comunal<sup>132</sup>, y no es sino con éstas con lo que la Iglesia responde.

La Iglesia, como vimos, plantea –a través de la organización parroquial– a la comunidad, o al menos al tipo de relaciones características de ésta, como modo cristiano de relacionarse los hombres en sociedad. catalogando de inhumanas, subhumanas o deshumanizadoras las relaciones que las ciencias sociales califican como típicas de las ciudades (*societas*, en el sentido de *Gesellschaft*). De tal manera que la complejidad de lo urbano pueda ser entendida desde una complejidad menor<sup>133</sup>, desde lo propuesta de una formación social ya arcaica y que de hecho se afirma sobre la negación de lo urbano. Mientras que lo urbano se afirma en los elementos que ya hemos señalado como ser la heterogeneidad, la inseguridad, lo inestructurado, los lazos débiles y fugaces, etc. lo comunal se sostiene sobre sus opuestos.

La parroquia, en tanto que comunidad, transforma las características urbanas en sus opuestos brindando aquello que la ciudad no puede brindar y, es más, los *urbanitas* añoran.

Como se ve, desde el pasado se vuelve a estructurar el presente. Desde lo menos complejo se da cuenta la complejidad indeterminada. Seguramente se señale, y con razón, que todo sistema da cuenta de la complejidad de su entorno mediante una complejidad menor, así como también cualquier modelo teórico dará cuenta de cualquier fenómeno de la misma manera. Sin embargo nos interesa señalar esto pues la particular forma que asume la Iglesia para tratar con lo urbano, para transformar lo indeterminable en determinable, supone –según cómo o quién observe– riesgos o posibilidades para la tercera edad.

---

<sup>132</sup> Delgado, Manuel. "*El animal público*", pp. 24–25.

<sup>133</sup> Siempre menor en tanto que la complejidad del sistema es menor que la del entorno, al menos cuantitativamente.

#### 4. La parroquia como gueto gerontológico.

*Oídme; porque soy alguien.  
Y sobre todo, no me confundáis con nadie.*

*Nietzsche, *Ecce Homo*<sup>134</sup>.*

Señalar que la complejidad construida por la Iglesia no es acorde a la complejidad de lo urbano, si bien es una tentación muy grande, no parece ser lo más adecuado. No lo es en tanto todo sistema que exista ha desarrollado una complejidad tal que le permite seguir manteniendo su identidad, es decir su diferencia con el entorno mediante la auto-observación, y en consecuencia manejar la complejidad de su entorno. En definitiva, la Iglesia continúa en la ciudad –de mejor o peor manera– y la supervivencia ya es un dato de aptitud<sup>135</sup>. Por otro lado, esta forma de reducir la complejidad del entorno posibilita su propia reproducción en tanto lo comunitario, como opuesto a lo urbano, parece complementarse extremadamente bien con su contrario. Pero primero lo primero.

El desarrollo de las comunidades al interior de la Iglesia, si bien abren nuevas posibilidades, supone la institución de formas de relacionarse inaplicables en la vida cotidiana. La intimidad no es posible en la ciudad moderna<sup>136</sup>. O mejor aún, no es posible como regla general de acción o de interacción. La comunidad eclesial se constituye de esta manera en un ámbito ajeno al devenir urbano, constituyendo bases de relaciones que le son propias e “in-trasvasables” al ser en la ciudad. La parroquia, en tanto que continente de la comunidad, se transforma en una especie de gueto, de refugio del mundo, en una especie de oasis en el desierto que significa la soledad conjunta de la vida en la ciudad.

“De aquí el refortalecimiento de la parroquia en forma de *ghetto*, y la acentuación de las distancias entre la dimensión sico-social de los hombres de ciudad y la institución pastoral de base”,<sup>137</sup> señala Randle. Pero más aún, este desfase señalado entre lo comunal eclesial y lo urbano de la ciudad pone en jaque a la propia misión de la que la Iglesia se percibe como depositaria. Recordemos que –etimológicamente– el término

---

<sup>134</sup> Nietzsche, Friedrich. *Ecce-Homo. Cómo he llegado a ser lo que soy*, pp. VIII.

<sup>135</sup> Recordemos que para los sistemas la fórmula darwiniana de la supervivencia del más apto no es correcta, no hay gradación, sólo los aptos sobreviven. González Díaz, Emilio. “Niklas Luhmann y la paradoja del conocimiento: Algunas reflexiones acerca de la ciencia como sistema social autopoietico de comunicación”.

<sup>136</sup> Simmel, George. “Las grandes urbes y la vida del espíritu” en *El individuo y la libertad*, pp. 253.

<sup>137</sup> Randle, Guillermo. *Hombres en el damero*, pp. 68.

Iglesia deriva del griego *ek-kalein* que significa "llamar afuera", "convocar". La parroquia y la comunidad misma se convierten más en punto de llegada que en fuerza centrífuga que envía a ser testigos en la ciudad, a la evangelización, generando de esta manera problemas a la propia misión de la parroquia, que es acoger para enviar. Dos textos pueden servir de apoyo a lo dicho.

Nuestros cultos son, en general, mera acción sin rumbo porque no se constituyen en puntos de partida para la misión en el mundo (ciudad), sino que giran en torno al mantenimiento de los propios miembros de la Iglesia. En este sentido nuestros cultos son mucho más puntos de llegada de quien está huyendo del mundo y la realidad misma<sup>138</sup>.

Unida a la emocionalidad discurre la referencia al pequeño grupo. Las llamadas "comunidades emocionales", donde el pequeño número posibilita unas relaciones cercanas, más cálidas y fraternas, serán el lugar, de hecho, de la pertenencia a la Iglesia. Pero al poner el acento en las relaciones personales, conocidas y seguras de la comunidad homogénea, tanto más cómoda y tranquila cuanto más cerrada en sí misma, se corre el riesgo de perder la capacidad misionera, expansiva<sup>139</sup>.

El riesgo de la parroquia, en tanto que organización de la Iglesia, de constituirse en gueto para sus miembros se potencia si lo pensamos específicamente en relación con la ancianidad.

Lo liminal es lo que caracteriza, como hemos visto, a la ancianidad, es aquello que la define al no definirla —a pesar de lo paradójico que suene esto—, es aquello que desestructura lo que supo estar estructurado y es la imposibilidad de rescatar, desde ella, la propia identidad. La liminalidad es no ser nada. Pero este ser nada supone una común-uniión con aquellos que también lo son.

A esta unión—en—lo—liminal Victor Turner aplica la categoría de *communitas*, la cual no debe confundirse con lo comunal o comunitario. La *communitas* está conformada por seres liminales, del umbral, inferiores con respecto a los seres de lo estructurado, donde lo único que los une es su carencia de atributos<sup>140</sup>. En este caso en particular, el anciano no tiene más nada que su propio cuerpo para presentar ante el otro<sup>141</sup>, la igualdad reinante

---

<sup>138</sup> Pinto de Castro, Clóvis. "Dos desafíos do mundo urbano à pastoral da igreja" en *Pastoral e Mística*, pp. 40.

<sup>139</sup> Mardones, José María. *¿Adónde va la religión? Cristianismo y religiosidad en nuestro tiempo*, pp. 53.

<sup>140</sup> Deflem, Mathieu. "Ritual, anti-structure and religion. A discuss of Victor Turner's processual symbolic analysis" en *Journal for the scientific study of religion*.

<sup>141</sup> Delgado, Manuel. *El animal público*, pp. 107.

en la *communitas* no se funda en ningún atributo sino en la ausencia de éstos. Lo anciano no puede ser entendida como colectividad, grupo y mucho menos como comunidad. no es más que una común unión virtual basada en la carencia de atributos –al menos definidos positivamente–.

La *communitas* está muy lejos de ser fuente de algún tipo de seguridad o de definición identitaria, es esencialmente –de la mano con lo liminal– un estado transitorio que tiende a la estructuración<sup>142</sup>, el destino de cualquier tipo de *communitas* –afirma Turner– es, inevitablemente, “declinar y caer en la estructura y la ley”<sup>143</sup> para así dar lugar a una nueva. El peso de estar sólo en el mundo, de no encontrar identidad, en definitiva la falta de seguridad –en el sentido más amplio– es vivido por los sujetos como algo especialmente traumático. Es la “soledad moral”, a la que se refiere Fromm<sup>144</sup>, lo que nos lleva a buscar la compañía y la certeza.

El anciano tiene a la indeterminación como su determinante principal, pero encuentra en la parroquia y en la comunidad que ésta postula –además de en las actividades que le permiten escapar a la vejez negativa– su redefinición identitaria, es decir su re-estructuración. Re-estructuración que como vimos viene dada por el pasado y la actividad. Ser comunidad también es ser pasado, es responder desde el pasado al presente urbano, pero supone una escisión de la misma vida.

Lo comunal y lo urbano, como señala Manuel Delgado, se oponen aunque conviven, si bien separados, extremadamente bien. La comunidad eclesial se instituye como lugar separado de lo urbano y/más en el medio de éste. Aunque in-trasvasable, lo comunitario se afirma en lo urbano y encuentra su fuerza en éste, su ser se afirma –a modo de tercero sagrado<sup>145</sup>– en la potencia de lo urbano. Sin embargo, como paradigmas diferentes, se hacen inconmensurables. lo comunitario no puede fundar una forma de vida aplicable a la urbe, debiéndose conformar con comportarse comunitariamente tan sólo al interior de la comunidad.

La vida comunitaria debe encerrarse sobre sí misma por ser incompatible con lo urbano, el *anciano urbano*– en tanto que cruce y suma de dos liminalidades– encuentra, en la comunidad y en la actividad que la Iglesia le propone, la manera de desprenderse de sus desestructuraciones. La parroquia en definitiva se convierte en el único lugar donde

---

<sup>142</sup> Cf. Turner, Victor. “Metaphors of anti-structure in religious culture” en Eister, Allan (ed.) *Changing perspectives in the scientific study of religious*.

<sup>143</sup> Deflem, Mathieu. “Ritual, anti-structure and religion. A discuss of Victor Turner’s processual symbolic analysis” en *Journal for the scientific study of religion*, pp.

<sup>144</sup> Fromm, Erich. *El miedo a la libertad*. En particular pp. 39–40.

<sup>145</sup> Cf. Debray, Régis. *El arcaísmo posmoderno. Lo religioso en la aldea global*. Particularmente pp. 15–20.

el anciano se entiende positivamente, recuperando no sólo la actividad sino también relaciones significativas<sup>146</sup>. El riesgo del gueto gerontológico se hace, en consecuencia, omnipresente<sup>147</sup>.

### **III. Resumen.**

En este segundo movimiento hemos intentado hacer manifiestas ciertas consecuencias, que a nuestro entender son perversas, de la relación de la Iglesia con la tercera edad. Estas consecuencias, no previstas, han sido estudiadas en relación a dos aspectos fundamentalmente, en primer lugar a las actividades que desarrolla o posibilita la Iglesia para/con la tercera edad y que permiten entenderlas como afines a las teorías de la actividad, y en segundo lugar a la relación que la Iglesia establece con lo urbano, y particularmente con la ancianidad en el medio urbano.

En relación al primer aspecto, hemos entendido a la vejez como una etapa de liminalidad crónica, es decir desestructurada y desestructurante para el anciano, que encuentra en el retorno a la actividad la manera de salvar el traumático trance que supone la vejez definida negativamente. La actividad permite al anciano recuperar una identidad y una definición positiva –tanto social como personalmente– al permitir que éste se posicione, nuevamente, en el lado positivo de la forma que supone lo activo/pasivo, lo productivo/improductivo y lo útil/inútil, es decir ubicándose en la asociación que se da entre el ser activo, ser productivo y ser útil, abandonando su ser "viejo" que es inactivo, improductivo e inútil. Nuestra crítica radica en que son estos mismos esquemas (éstos, donde con la actividad el anciano se posiciona positivamente) y la asociación entre estos términos, aquello que supone la definición negativa de la vejez –negativa tanto en lo valorativo como en la definición–. Es decir, son estos mismos esquemas y esta misma asociación lo que fundamenta la visión negativa y la exclusión de la vejez en la sociedad moderna, y es esta misma asociación y estos mismos esquemas aquello que permite al anciano superar su etapa de liminalidad, es decir re–estructurarse nuevamente: lo que supone validar, reforzar y posibilitar la reproducción de los esquemas y asociaciones que posibilitan la vejez negativa.

---

<sup>146</sup> Álvarez, Francisco. "El anciano en la Iglesia local", pp. 14.

<sup>147</sup> Vale señalar que las conclusiones del proyecto realizado para Taller avalan empíricamente, para el caso particular de la Parroquia San Alberto (Peñarol), lo manejado en este apartado. Moreno, Martín. *Participación eclesial ¿tan sólo una cuestión de fe? La parroquia como equivalente funcional*. Particularmente las conclusiones I–III.

Lo perverso de este primer punto se encuentra en que se responde al problema de la exclusión sobre las mismas bases de la exclusión, lo que supone asegurarla. Supone dar una respuesta coyuntural a un problema estructural, asegurando la permanencia del problema, en este caso particular supone resolver la liminalidad del viejo o de los viejos sobre la base de no resolver el problema de la vejez, es más reforzando su actualización.

En relación al segundo punto, que refiere a la relación de la Iglesia con la ancianidad en el medio urbano, entendemos que la Iglesia responde a lo urbano desde una complejidad arcaica y opuesta (aunque complementaria), como lo es la respuesta desde lo comunal. Lo urbano, entendido como cultura y no como territorio, es lo liminal de la ciudad, es a lo que se opone la Iglesia. La iglesia no se adapta a lo urbano desde lo urbano sino a partir de una cultura pasada, la comunal, y la propone como ideal de relacionamiento en el mundo. Más allá de si el mensaje cristiano lleva necesariamente un ideal comunitario, la postulación que hace la Iglesia (la parroquia más específicamente) de éste como modelo supone la escisión de la ciudad en un polo urbano y otro comunitario, in-travasables e inconmensurables entre sí, lo que lleva a que lo comunitario quede recluido en la ciudad a espacios delimitados, conformándose de esta manera en una especie de gueto. Lo urbano es una cosa y lo comunal otra, y los habitantes de la ciudad serán a la vez urbanitas y "comunitarios", necesariamente esquizofrénicos.

El anciano por su parte vive en la ciudad en el cruce de dos liminalidades, la vejez y el ser urbano, y encuentra en la comunidad eclesial la posibilidad de escapar a ambas, la seguridad y la identidad que tanto añora se le presenta en un único lugar. El anciano halla en la comunidad, en la parroquia, la posibilidad de encontrar no sólo la respuesta a su liminalidad crónica que le supone ser viejo sino también la posibilidad de fundar sus relaciones sobre bases seguras, profundas y personales.

Lo perverso de la relación de la Iglesia con la ciudad, en lo que respecta a la tercera edad, descansa en el riesgo que supone la "evidente tentación" de responder a la exclusión y a la inseguridad con la auto-exclusión y el alejamiento de lo propiamente urbano. Es decir excluirse para salvar la exclusión,

## Finale.

Uno no puede afiliarse, y en particular nosotros no lo hacemos, al berretín tan extendido en política de que no se puede criticar algo –sea lo que sea– si no se propone una alternativa, las cosas pueden ser malas aunque no se haya concebido, aún, una forma de hacerlas buenas o, al menos, menos malas.

En el caso de este trabajo hemos señalado más de una vez que nuestras críticas no tenían más objetivo que hacer(nos) conscientes de algunos aspectos puntuales que consideramos “perversos” en la relación que establece la Iglesia con la tercera edad. Criticar la obra para mejorarla, ese es el espíritu.

La extrema necesidad de acabar con la ingenuidad como virtud nos ha guiado. La modernidad tardía –o como se la quiera adjetivar– o, aún más, la posmodernidad nos ha colocado en un lugar donde la inocencia puede ser asimilada a la ignorancia. La inocencia no puede ser ignorancia y en especial no lo puede ser en relación a ciertas consecuencias de nuestras acciones.

Eco, en una página fantástica de un libro que habla de otro libro<sup>148</sup>, dice acerca de la actitud posmoderna:

Pienso que la actitud posmoderna es como la del que ama a una mujer muy culta y sabe que no puede decirle “te amo desesperadamente”, porque sabe que ella sabe (y que ella sabe que él sabe) que esas frases ya las ha escrito Liala<sup>149</sup>. Podrá decir “Como diría Liala, te amo desesperadamente”. En ese momento, habiendo evitado la falsa inocencia, habiendo dicho claramente que ya no se puede hablar de manera inocente, habrá logrado decirle a la mujer lo que quería decirle: que la ama, pero que la ama en una época en que la inocencia se ha perdido. Si la mujer entra en el juego, habrá recibido de todos modos una declaración de amor. Ninguno de los dos interlocutores se sentirá inocente, ambos habrán aceptado el desafío del pasado, de lo ya dicho que es imposible eliminar: ambos jugarán a conciencia y con placer en el juego de la ironía... Pero ambos habrán logrado una vez más hablar de amor<sup>150</sup>.

---

<sup>148</sup> Como no podía ser de otra manera, según Eco.

<sup>149</sup> “Autora italiana equiparable a Corín Tellado”. (Nota al pie del texto original, pp. 74).

<sup>150</sup> Eco, Umberto. *Apostillas al nombre de la rosa*, pp. 74–75.

El problema para la Iglesia es este mismo, ser consciente no ser ingenua y renunciar en lo que refiere a las consecuencias de sus acciones a la "inocencia", una inocencia que la hace culpable.

Pero son también los supuestos que encierra el fragmento de Eco, y la época en sí, aquello que impide que nos arriesguemos a señalar como absolutamente equivocadas ciertas observaciones de la Iglesia –y de otras tantas organizaciones que responden al problema de la vejez con las mismas armas–, porque a éstas no pueden dejar de señalarse lugares de claridad y efectividad superlativa o, aún más, descubrir tantas oscuridades en las alternativas como en lo criticado.

Es que acaso la Iglesia –o las mismas teorías de la actividad– debe renunciar a la actividad como propuesta para la ancianidad, nuestra respuesta será contundente: "no y nunca". Porque renunciar a ella, en este mundo, significa dejar de "ser" (que como ya señalamos es el problema del anciano), cómo dar a los viejos aquello que perdieron si no es con la actividad... y no vale decir que es una tarea de educación, el anciano de hoy sufre la vejez hoy y la respuesta no puede esperar a ningún mañana. Por otro lado, cómo entender una edad si no es asociada a una actividad. Ser socialmente es "hacer", por más etéreo o vil que sea. Históricamente la vejez siempre ha realizado alguna tarea por más menospreciada, o no, que ésta esté, quizás –en este sentido– el mayor debe de la modernidad –y de la Iglesia en ella– es no concebir una tarea que pueda pensarse como propia de esta edad.

La posmodernidad nos ha quitado –fenómeno saludado por unos y vituperado por otros (que a veces son los mismos)– la posibilidad de las aseveraciones rotundas: ya para negar ya para afirmar, la necesidad de las frases subordinadas, de los paréntesis, corchetes, comas, guiones o notas al pie (todo según el estilo que se prefiera) es casi insalvable si uno pertenece a la época. No ya sólo los relativismos sino la misma paradoja se hace sustento de saberes deflacionados. Pero quizás aquí tengamos la salvación, como señala Vattimo<sup>151</sup>.

Cualquier propuesta que se realice, para dar respuesta a aquellos que necesitan de las alternativas ante la crítica, es factible de ser observada como igualmente riesgosa y en consecuencia nuevo foco de críticas... y esto hay que entenderlo como algo bueno. Más allá de cualquier aserto, la crítica y el aporte de ésta se hacen invaluable, desde allí se puede construir. A pesar de no poder ser tan optimistas como Horkheimer con respecto al papel, liberador y revolucionario, del pensamiento crítico cuando éste decía que "el reconocimiento crítico de las categorías que dominan la vida social contiene al mismo

---

<sup>151</sup> Cf. Vattimo, Gianni. "Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?" en *En torno a la posmodernidad*.

tiempo su sentencia condenatoria"<sup>152</sup>, creemos firmemente que la crítica, para el particular caso del cristianismo, supone una primera y necesaria instancia para el perfeccionamiento del hacer –de nuestro hacer– en la construcción del Reino.

Tres han sido las instancias que hemos señalado, a lo largo del trabajo, como especialmente problemáticas en la relación de la Iglesia con la tercera edad, éstas pueden sintetizarse en los siguientes titulares. En primer lugar, siendo un problema –y en consecuencia una crítica– que cruza toda la investigación, señalábamos a la relación que la Iglesia mantiene con el pasado y con su pasado como estructurador de su mirada presente; en segundo lugar planteábamos que la asunción de ciertos supuestos –ya en la teoría o en la práctica, ya consciente o inconscientemente– que pueden identificarse con los de las *teorías de la actividad* supone la reproducción de la exclusión a la que se ven sometidos los ancianos y en este sentido se convierten en perversas: por último, en tercer lugar, señalamos la distancia que separa a la Iglesia de la ciudad, específicamente de lo urbano, y cómo ésta lidia con lo *urbano* a partir de presentar a la *comunidad* como alternativa, en particular proponiendo ciertas formas de relacionamiento incompatibles con la cultura urbana, transformándose en un gueto (al menos potencialmente) para el urbanita y más aún para el anciano–urbanita. El riesgo que supone la *guetización* no afecta (perversa y) únicamente a la ancianidad sino también a la propia Iglesia en tanto ésta pierde su fuerza centrífuga, evangelizadora.

Éstos son los tres ejes sobre los cuales nos hemos centrado en el trabajo, son –a nuestro entender– los problemas más relevantes en la relación de la Iglesia con la tercera edad.

Sin embargo, y más allá de cualquier crítica, la Iglesia sigue actuando con la tercera edad –e incluso desde la tercera edad– (¡Gracias a Dios lo sigue haciendo!) por lo que a modo de cierre recordaremos aquello que a nuestros ojos constituye la principal y mayor falencia de la Iglesia para con esta edad: la ausencia de una misión, un carisma o una(s) riqueza propia de la ancianidad, un "lugar" a partir del cual –sin recurrir ineludiblemente al pasado o a la actividad– el viejo pueda afirmarse como un ser con futuro y aún útil socialmente. Quizás el único futuro del anciano sea, como señalan algunos autores<sup>153</sup>, la muerte, pero entonces es esencialmente desde ella desde donde el viejo debe constituirse en un ser indispensable e irremplazable, en un ser que enseña no ya sólo a enfrentarla sino a vencerla.

---

<sup>152</sup> Horkheimer, Max. "Teoría tradicional y teoría crítica" en *Teoría tradicional y teoría crítica*, pp. 43.

<sup>153</sup> Busturia Jiménez, González G.-Solana, Molezún. "Grupos operativos en la vejez" en *Grupo operativo y psicología social*.

## **Bibliografía.**

- ↻ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1ª ed., Montevideo, Editorial Lumen, 1992.
- ↻ Álvarez, Francisco. "El anciano en la Iglesia local", Material proporcionado por el movimiento "Vida Ascendente".
- ↻ Anónimo. "La utilización del tiempo", *Familia y Sociedad* 18 (78), Mayo-Junio 1993, pp. 27-33. (Tomado de: 'Volvamos a vivir: Encuentro sobre el proceso de envejecimiento y vejez', 1985).
- ↻ Anónimo. "Vida Ascendente", Carta pastoral del Arzobispo de Sevilla con motivo del año internacional de la mayores. Setiembre 1999. Material proporcionado por el movimiento "Vida Ascendente".
- ↻ Anónimo. "Vida Ascendente", *Familia y Sociedad* 18 (78), Mayo-Junio 1993, pp. 38.
- ↻ Arnold Cathalifaud, Marcelo. "El sistema social de la religión". <http://rehue.csociales.uchile.cl/personales/marnold/mac01.htm> (Última visita: 19/10/2003).
- ↻ Barel, Yves. *La ciudad medieval. Sistema social-Sistema urbano*, 1ª ed., Madrid, Instituto de estudios de Administración local. 1980.
- ↻ Barenys, María Pía. "El envejecimiento: Aproximaciones teóricas". *Revista de Trabajo Social* 131. Setiembre 1993, pp. 16-27.
- ↻ Barros V. Germán. "Conclusiones del primer seminario nacional de la ancianidad", *Revista de Trabajo Social (Universidad Católica de Chile)* 17, 1976, pp. 48-50.
- ↻ Barros V. Germán. "El primer seminario de la ancianidad", *Revista de Trabajo Social (Universidad Católica de Chile)* 17, 1976, pp. 44-47.
- ↻ Barros V. Germán. "Los jóvenes y los adultos ante la vejez", *Revista de Trabajo Social (Universidad Católica de Chile)* 20. Dic. 1976 / Ene-Feb. 1977, pp. 42-44.
- ↻ Barros, Carmen. "La situación del anciano en la sociedad actual", *Revista de Trabajo Social (Universidad Católica de Chile)* 17, 1976, pp. 7-13.
- ↻ Barros, Raimundo. "El arte de envejecer", *Revista de Trabajo Social (Universidad Católica de Chile)* 17, 1976, pp. 71-77.
- ↻ Blancarte, Roberto. "Cristianismo y mundo moderno", en *Problemas socio-religiosos en Centroamérica y México*, 1ª ed., México. Flacso, 1993, pp. 35-49.

- ↻ Boneo, Mariana. "La reinserción del anciano en la comunidad como miembro activo". *CIAS* 41 (414), Julio 1992, pp. 315-318.
- ↻ Boneo, Mariana. "Los hijos adultos de personas mayores", *Familia y Sociedad* 18 (78), Mayo-Junio 1993, pp. 18-21.
- ↻ Borges, Jorge Luis. *El libro de la arena*, 17ª ed., Barcelona, Alianza editorial, 1998.
- ↻ Borges, Jorge Luis. *Ficciones*, 25ª ed., Barcelona, Alianza editorial, 1998.
- ↻ Bourdieu, Pierre. *La dominación masculina*, 1ª ed., Barcelona. Anagrama, 2000.
- ↻ Bowker, John. *Los significados de la muerte*, 1ª ed., New York, Cambridge, 1996.
- ↻ Busturia, Rosario; González G. Solana, María José; Molezún, María Salvador. "Grupos operativos en la vejez", en *Grupo operativo y psicología social*, 1ª ed., Montevideo, Imago, 1980, pp. 108-117.
- ↻ Cardeillac Gulla, Joaquin. "La construcción social de la vejez en el Parlamento". Tesis de grado de la licenciatura en Sociología, Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales, 2003.
- ↻ Castaño, Hermógenes, *Puebla y la Pastoral urbana*, 1ª ed., Caracas, Editorial Trípode, 1979.
- ↻ Codoh Chavez, Eleonor. "Organización y planificación en Europa en materia de ancianos", *Revista de Trabajo Social* (Universidad Católica de Chile) 17, 1976, pp. 37-43.
- ↻ Codoh Chavez, Eleonor. "Situación del anciano", *Revista de Trabajo Social* 48, Enero-Abril 1986, pp. 22-29.
- ↻ Codoh, Eleonor; Díaz, Sara; Kam-Chings, Elsa; Petit, Alicia. "Reintegración social de los ancianos", *Revista de Trabajo Social* 47, Setiembre-Diciembre 1985, pp. 5-11.
- ↻ Consejo Pontificio para los Laicos "La dignidad del anciano y su misión en la Iglesia y en el mundo". Este documento fue publicado como suplemento del Boletín Semanal AICA N° 2205 del 24 de marzo de 1999. <http://www.multimedios.org/docs/d000039> (Visitado por última vez: 08/07/2003).
- ↻ Damiano, Laura; De Giorgi, Adriana; Pereyra Maya, Alicia. "Tercera edad ¿Al margen de la sociedad?", *Revista Uruguaya y Latinoamericana de Servicio Social* 10, Año IV, pp. 53-58.
- ↻ Debray, Régis. *El arcaísmo posmoderno: lo religioso en la aldea global*, 1ª ed., Buenos Aires, Editorial Manantial, 1996.
- ↻ Deflem, Mathieu. "Ritual, Anti-Structure, and Religion: A discussion of Victor Turner's

processual symbolic analysis", *Journal for the scientific study of religion*, 30 (1): 1-25  
1991.

- ↻ Delgado, Manuel. *El animal público*, 3ª ed., Barcelona, Anagrama, 1999.
- ↻ Douglas Cerdas Quirós. "La ancianidad en la tradición judeo-cristiana", Centro de capacitación e información sobre la tercera edad, Marzo 1988. pp. 1-15. Material proporcionado por el movimiento "Vida Ascendente".
- ↻ Eco, Umberto. *Apostillas al nombre de la rosa*, 3ª ed., Barcelona, Editorial Lumen, 1985.
- ↻ Eco, Umberto. *Baudolino*, 7ª ed., Barcelona, Editorial Lumen, 2002.
- ↻ Eco, Umberto. *El péndulo de Foucault*, 4ª ed., Barcelona, Plaza & Janés editores, 2002.
- ↻ Eco, Umberto. *Sobre literatura*, 1ª ed., Barcelona, RqueR editorial, 2002.
- ↻ Estruch, Joan. "El mito de la secularización", en R. Díaz-Salazar, S. Giner, F. Velazco (eds.), *Formas modernas de la religión*, 1ª ed., Madrid, Alianza, pp. 266-280.
- ↻ Fericglá, Joseph. *Envejecer - Una antropología de la ancianidad*, 1ª ed., Barcelona, Anthropos, 1992.
- ↻ Fernández-Martos, José María. "Oración desde la tercera edad". Material proporcionado por el movimiento "Vida Ascendente".
- ↻ Forttes B., Alicia. "Los nuevos desafíos del retiro laboral", *Revista de Trabajo Social* 65, 1995, pp. 59-65.
- ↻ Franca, Omar. "El morir y la eutanasia desde una perspectiva católica", Diciembre 2000. Material proporcionado por el movimiento "Vida Ascendente".
- ↻ Fromm, Erich. *El miedo a la libertad*, 32ª ed., Barcelona, Paidós Studio, 1998, pp. 287.
- ↻ García Canclini, Néstor. *Imaginario urbanos*, 1ª ed., Buenos Aires, EUDEBA, 1999.
- ↻ Garma Navarro, Carlos. "La identidad social en las minorías religiosas", en *Problemas sociorreligiosos en Centroamérica y México*, 1ª ed., México, FLACSO, 1993, pp. 91-106.
- ↻ Giddens, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*, 1ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 166.
- ↻ Gómez Botero, Gilberto. "El paso inexorable del tiempo". *Familia y Sociedad* 18 (78), Mayo-Junio 1993, pp. 2-4.
- ↻ Gonzáles Díaz, Emilio. "Niklas Luhmann y la paradoja del conocimiento: algunas reflexiones acerca de la ciencia como sistema social autopoietico de comunicación" <http://recit.rrp.upr.edu//Gonzalez%5B1%5D.pdf> (Última visita: 19/10/2003)
- ↻ González Dorado, Antonio. "Una Iglesia más evangelizadora en las grandes ciudades

- de América latina", en *Pastoral de la metrópoli*. 1ª ed., CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) N° 59, s/f, pp. 25–50.
- ↻ González M, José Luis. "El catolicismo popular: Entre la generación y la represión de la cultura", en *Problemas sociorreligiosos en Centroamérica y México*, 1ª ed., México, FLACSO, 1993.
  - ↻ Goodenough, Ward H. "Toward an anthropologically useful definition of religion"; en Eister, Allan (ed.) *Changing perspectives in the scientific study of religious*, New York, Wiley, 1974.
  - ↻ Habermas, Jürgen. *Israel o Atenas - Ensayos sobre religión, teología y racionalidad*, 1ª ed., Madrid, Editorial Trotta, 2001.
  - ↻ Habermas, Jürgen. *Pensamiento postmetafísico*, 1ª ed., México, Taurus Humanidades, 1990.
  - ↻ Hammond, Phillip E. "Religious pluralism and Durkheim's integration thesis"; en Eister, Allan (ed.) *Changing perspectives in the scientific study of religious*, New York, Wiley, 1974.
  - ↻ Hernández Pico, Juan. "Opciones y preferencias sociales de los católicos centroamericanos", en *Problemas sociorreligiosos en Centroamérica y México*, 1ª ed., México, FLACSO, 1993.
  - ↻ Horkheimer, Max. *Teoría tradicional y teoría crítica*, 1ª ed., Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2000.
  - ↻ Hottois, Gilbert. *Historia de la filosofía del Renacimiento a la Posmodernidad*, 1ª ed., Madrid, Cátedra, 1999.
  - ↻ Ilich, Iván. "El arte de habitar", *Umbrales* 35, pp. 16-19.
  - ↻ Izquierdo Moreno, Ciriaco. "La Iglesia y los ancianos". *Actualidad Pastoral* 28, Agosto-Setiembre 1995, pp. 186.
  - ↻ Juan Pablo II. "El valor de la senectud", Discurso al Consejo Pontificio para la Pastoral de los agentes sanitarios, 31-X-1998. <http://www.arvo.net/includes/documento.php?idDoc=2514&IdSec=455> (Visitado por última vez: 08/07/2003).
  - ↻ Juan Pablo II. "Carta al presidente de la II Asamblea Mundial sobre el envejecimiento". Vaticano, 3-IV-2002. <http://www.encuentra.com/includes/documento.php?idDoc=3648&IdSec=536> (Visitado por última vez: 27/06/2003).

- ✎ Juan Pablo II. "Los años vuelan...", Carta a los ancianos, *Vida Nueva* 2211, 27-XI-1999, pp. 24-30.
- ✎ Kalyani K. Mehta. "The impact of religious beliefs and practices on aging: A cross-cultural comparison", *Journal of Aging Studies*, Vol. 11 Issue 2, Summer97, 14p.
- ✎ Lado, Wanda. "El trabajo social y la ancianidad", *Revista de Trabajo Social* (Universidad Católica de Chile) 17, 1976, pp. 62-65.
- ✎ Lehr, Úrsula. *Psicología de la senectud*. 1º ed., Barcelona, Editorial Herder, 1980.
- ✎ Lehr, Úrsula; Dreher, Gernot. "Factores determinantes de las actitudes ante la jubilación", *Revista de Trabajo Social* (Universidad Católica de Chile) 17, 1976, pp. 14-17.
- ✎ López Azpiarte, Eduardo. "El arte de envejecer: una nueva asignatura", en *Actualidad Pastoral* 28, Agosto-Setiembre 1995, pp. 192-196.
- ✎ Luhmann, Niklas y De Georgi, Raffaele. *Teoría de la sociedad*, 1º ed., Guadalajara-Jalisco, Universidad de Guadalajara / Universidad Iberoamericana / Instituto tecnológico y de estudios superiores de Occidente, 1993.
- ✎ Luhmann, Niklas. *Complejidad y modernidad. De la unidad a la diferencia*, 1º ed., Madrid, Editorial Trotta, 1998.
- ✎ Luhmann, Niklas. *Ilustración sociológica y otros ensayos*, 1º ed., Buenos Aires, Editorial Sur, 1973.
- ✎ Luhmann, Niklas. *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*, 1º ed., Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1997.
- ✎ Luhmann, Niklas. *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*, 2º ed., Barcelona, Anthropos editorial / Universidad Iberoamericana / CEJA (Pontificia Universidad Javeriana), 1998.
- ✎ Luhmann, Niklas. *Sociología del riesgo*, 1º ed., Guadalajara-Jalisco, Universidad Iberoamericana, 1992.
- ✎ Luhmann, Niklas. "Tradición y modernidad: relaciones entre religión y ciencia", en *Umbral XXI*, N° 23, Universidad Iberoamericana, 1997, pp. 8-12.
- ✎ Mardones, José María. *¿Adónde va la religión? - Cristianismo y religiosidad en nuestro tiempo*. 1º ed., Santander, Sal Terrae, 1996.
- ✎ Mardones, José María. *Capitalismo y religión - La religión política neoconservadora*. 1º ed., Santander, Sal Terrae, 1991.
- ✎ Mardones, José María. *Síntomas de un retorno - La religión en el pensamiento actual*,

1ª ed., Santander, Sal Terrae, 1999.

- ✎ Markowitz, Jürgen. "The function of religion in complex" societies.<http://www.sociologie.uni-halle.de/markowitz/docs/religion.pdf> (Última visita: 19/10/2003).
- ✎ Martino, María Elena. "Política social y tercera edad", *CIAS* 55 (455), Agosto 1996, pp. 347-354.
- ✎ Marx, Karl. *La cuestión judía (y otros escritos)*, 1ª ed., Buenos Aires, Editorial Planeta-Agostini, 1992.
- ✎ Monedero, Carmelo. *Psicología evolutiva del ciclo vital*, 1ª ed., Madrid, Biblioteca Nueva, 1986, pp. 537-595.
- ✎ Moreno, Martín. "Participación eclesial ¿tan sólo una cuestión de fe?", Informe final del taller de Sociología de la Tercera Edad 2000-2002.
- ✎ Nelson, Benjamin. "Eros, Logos, Nomos, Polis: Their changing balances and the vicissitudes of communities and civilization", en Eister, Allan (ed.) *Changing perspectives in the scientific study of religious*, New York, Wiley, 1974.
- ✎ Nietzsche, Friedrich. *Ecce-Homo. Cómo he llegado a ser lo que soy*, 1ª ed., Valencia, F. Sempere y Compañía editores, 1910.
- ✎ Offe, Claus. "¿Es el trabajo una categoría sociológica clave?", *La sociedad del trabajo. Problemas estructurales y perspectivas de futuro*, 1ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- ✎ Parsons, Taicott. "Religious symbolization and death"; en Eister, Allan (ed.) *Changing perspectives in the scientific study of religious*, New York, Wiley, 1974.
- ✎ Pérez Salanova, Mercè. "Entorno al envejecimiento y la dimensión intergeneracional", *Revista de Trabajo Social* 131, Setiembre 1993, pp. 28-31.
- ✎ Pinto de Castro, Clóvis. "Dos desafios do mundo urbano à pastoral da igreja"; en *Pastoral e Mística*, Instituto Metodista de Ensino Superior-Instituto Ecuménico de Pós-Graduação em Ciências da Religião. Série Cuadernos de Pós-Graduação / Ciências da Religião Nº 8. Novembro 1995. pp. 25-48.
- ✎ Pirenne, Henri. *Las ciudades de la Edad Media*, 13ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 2001.
- ✎ Pozo, Luis Bernardo (Mons.). "Pastoral de la Tercera Edad", *Familia y Sociedad* 18 (78), Mayo-Junio 1993, pp. 5-11.
- ✎ Quarracino, Antonio. "Criterios teológico-pastorales para la pastoral urbana, a la luz de Puebla", en *Pastoral de la metrópoli*, 1ª ed., CELAM (Consejo Episcopal

Latinoamericano) N° 59, s/f, pp. 13-24.

- ✎ Raffin, Pierre; Vasseur, Philippe. "La salud de los sacerdotes", *Actualidad Pastoral* 30, Enero-Mayo 1997, pp. 230-234.
- ✎ Randle, Guillermo. *Hombres en el Damero: Fenómeno pastoral urbano*, 1ª ed., Bs. As., Ediciones Paulinas, 1964.
- ✎ Romero, Orlando. "La pastoral urbana y sus desafíos", *Umbrales* 35, pp. 20-22.
- ✎ Roof, W. Clark. "Explaining traditional religion in contemporary society"; en Eister, Allan (ed.) *Changing perspectives in the scientific study of religious*, New York, Wiley, 1974.
- ✎ Salvarezza, Leopoldo. "Cada uno puede decir cuándo y para qué es viejo". Extracto de un escrito publicado en Clarín. Material proporcionado por el movimiento "Vida Ascendente".
- ✎ Samandú, Luis. "Notas sobre vida cotidiana y demandas populares en Centroamérica", en *Problemas socioreligiosos en Centroamérica y México*, 1ª ed., México, FLACSO, 1993, pp. 9-25.
- ✎ Sánchez Capdequi, Celso. "Las formas de la religión en la sociedad moderna". [http://www.google.com.uy/search?q=cache:dobh4-Jmzu4J:www.bib.uab.es/pub/papers/02102862n54p169.pdf+%22las+formas+de+la+religion+en+la+sociedad+moderna%22&hl=es&lr=lang\\_es|lang\\_en|lang\\_it|lang\\_pt&ie=UTF-8](http://www.google.com.uy/search?q=cache:dobh4-Jmzu4J:www.bib.uab.es/pub/papers/02102862n54p169.pdf+%22las+formas+de+la+religion+en+la+sociedad+moderna%22&hl=es&lr=lang_es|lang_en|lang_it|lang_pt&ie=UTF-8) (Última visita: 19/10/2003)
- ✎ Schutz, Alfred. "Sobre las realidades múltiples", en Natanson, Maurice (comp.), *El problema de la realidad social*, 1ª ed., Buenos Aires, Amorrortu editores, 1974.
- ✎ Segundo, Juan Luis. *El infierno. Un diálogo con Karl Ranher*, 1ª ed., Buenos Aires, Ediciones Trilce / Ediciones Lohié - Lumen, 1998.
- ✎ Seina Pérez, Gabriel. "Comunicación y trascendencia. Pensar lo religioso desde la comunicación", en *Signo y Pensamiento*, N° 37, Vol. XIX, 2000, pp.
- ✎ Simmel, Georg. "Las grandes urbes y la vida del espíritu", en *El individuo y la libertad*, 1ª ed., Barcelona, Península, 1986.
- ✎ Sobrero y Ferrer, Luis. "¿Qué han hecho los hijos de la luz. de la ancianidad?". Material proporcionado por el movimiento "Vida Ascendente".
- ✎ Turner, Victor. "Metaphors of Anti-structure in religious culture", en Eister, Allan (ed.) *Changing perspectives in the scientific study of religious*, New York, Wiley, 1974.
- ✎ Unamuno, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*, 3ª ed., Buenos Aires, Editorial Losada, 1969.

- ✎ Vattimo, Gianni. *En torno a la posmodernidad*, 1ª ed., Barcelona, Anthropos, 1990.
- ✎ Vida Ascendente. "Aprende a envejecer". Material proporcionado por el movimiento "Vida Ascendente".
- ✎ Vida Ascendente. "La realidad de los adultos mayores en el mundo de hoy y en la vida religiosa". Material proporcionado por el movimiento "Vida Ascendente".
- ✎ Vida Ascendente. "Movimiento Vida Ascendente Uruguay". Material proporcionado por el movimiento "Vida Ascendente".
- ✎ Vida Ascendente. Principios de las Naciones Unidas a favor de las personas de edad, (Publicado por el Departamento de Información Pública de las Naciones Unidas, DPI/1261, Agosto 1992.
- ✎ Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, 1ª ed., Madrid. Ediciones ISTMO, 1998.
- ✎ Wirth, Louis. "El urbanismo como modo de vida".